

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA 2020

• Cuento •

Esos seres extraños

Luis Alfredo Gastélum



| PÉL |

Esos seres extraños

Luis Alfredo Gastélum



GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas

Subsecretario de Cultura y
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Javier Fernández Acévez

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Esos seres extraños

D.R. © 2022 Luis Alfredo Gastélum

D.R. © 2022 Instituto de Cultura de Baja California.
Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2022.

ISBN: xxx-xxx-xxxx-xx-x

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri.

Corrección ortotipográfica: Karla Isela Mora Corrales.

Diseño editorial: Rosa Espinoza.

Ilustración de portada: “Ser extraño” (2022), fotografía digital de Carolina Arizona.

Imagen del autor en solapa: Francis Saurel.

Jurado calificador: Cristina Rascón e Iván Farías.

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la repografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA 2020

· CUENTO ·

Esos seres extraños

Luis Alfredo Gastélum



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California

Felices los normales, esos seres extraños...

Roberto Fernández Retamar

Happiness is a warm gun...

The Beatles

A mis primas y primos, *esos seres extraños*.

A Víctor Manuel Mendoza Saucedo, *in memoriam*

CALAVERITA DE AZÚCAR

Hola, Barbie. Perdón, pero se me hizo tarde porque en el velorio de don Cosme, el carnicero, repartieron café y galletas de animalitos. Toma, pude robarme algunos elefantitos, tus preferidos. Pobre señor, la gente anda diciendo que lo mató el Ramón, el que vendía champurrado y tamales a un lado de la escuela y que cerró su changarro el mismo día que descubrieron dos perros hechos pedacitos en su casa. Ese mismo, el papá del Ramoncito. Dicen que mató a don Cosme por problemas de la carne. Eso se oye muy raro. Pero yo no lo creo. Yo me sé el chisme y para que no digas que no te quiero, te lo voy a contar.

Resulta que la bronca de los dos chamacos fue a parar ahí. Yo lo vi, Barbie, yo lo vi. El Cósmico, el hijo de don Cosme, y el Ramoncito, jugaban a las maquinitas. El Ramoncito le estaba ganando al Cósmico. En eso, ya bien encabronado, éste le agarra las manos a Ramoncito y le dice: “mira cabrón, a mí nadie me gana, déjate ganar si no te parto tu madre”. A lo que el pobre chamaco respondió con un “a mí me vale madres” y con un madrazo entre nariz y hocico. Cuando el Cósmico vio uno de sus dientes sobre los botones de la maquinita, se defendió y

casi desfigura al otro pazguato. Un sangrerío quedó en el suelo. Ah, pero aquí no termina todo, Barbie. Ramoncito se fue de mitotero con Teresita, su mamá, y esta vieja se agarró al Cósmico y le sorrajó tres méndigos cachetadones que hasta a mí me dolieron. Entonces, este morro, sin llorar, fue también de chismoso con su mamita, doña Sara, la esposa y ahora viuda de don Cosme. Y bueno, para no hacértela más cantada, la mamá del Cósmico fue a madrear a Teresita; esta vieja, que es súper chillona y delicada, fue a decirle a su marido Ramón, quien fue, olvidándose del amorío en secreto que, dicen, tiene con doña Sara, a rayarle la madre y a decirle hasta de lo que se iba a morir. Yo me imagino que eso era pura pantalla, pues yo los he visto en la noche entrar juntos a la ferretería de don Manuel. No sé qué harán allí. Y tampoco sé cómo pasó que don Cosme se enteró de todo, porque fue a buscar a Ramón, armado con un cuchillón de esos que usa para partir la res, le partió el hocico y hasta lo amenazó de muerte.

Y pues hasta ahí me la sé. Ya en la madrugada apareció don Cosme en su carnicería, con cinco navajazos en la panza, todo sangrado. Dicen que fue Ramón porque, qué casualidad, Teresita y Ramoncito dijeron que desde anoche se fue a California a trabajar en el campo. Quién sabe. Para mí que huyó con la cola entre las patas, así como los perros de la cuadra cuando los apedreamos.

Así es, Barbie. Fíjate que en el velorio andaba la Remedios, que desde que anda de novia con Ángel Miguel, se cree la gran cosa, y no sé por qué, de seguro él nomás la quiere para quitarle la virginidad, para eso nos quieren todos los cabrones chamacos. Eso sí, la muy cus-

ca siempre sale de la casa de Ángel Miguel comiéndose unos churros de esos azucarados de los que vende doña Andrea, ya sabes, la mamá de él. Antes ella me daba dos churros por los mandados. Me peinaba con trencitas y me maquillaba como calaverita de azúcar aunque no fuera día de muertos. Ángel Miguel me miraba y se reía, pero no con burla, se reía así como cuando miras algo bonito y sabes que va a ser para ti. Y me decía: “te ves bonita pintada como la muerte”. Y yo me creía la muerte por donde andaba y hasta jugaba a llevármelos a todos tocando sus manos y diciéndoles: “ya le toca”. Desde entonces estoy enamorada de él. Desde esos tiempos en que yo era muy chillona. ¿Te acuerdas? Lloraba por todo y más lloraba los viernes, que eran los días en que mi padrastro llegaba borracho y nos agarraba a cintarazos a todas. Claro, esto hasta que le dio cirrosis y se tuvo que ir directito al infierno. Sí, Barbie, yo lloraba mucho. Doña Andrea decía que cuando una llora es más tierna a los ojos de los hombres. Ángel Miguel ni me pelaba, ni me pela, ni me pelará. Pero no importa, ¿verdad? Ya hago otros mandados y me dan de estos otros churros que me hacen sentir como una astronauta. Yo quiero ser astronauta, muñeca. Los que me dan los churros me dicen que lo voy a lograr si sigo trabajando con ellos y pues, también haciéndoles eso que tengo que hacerles. El día que vaya a la luna te voy a llevar conmigo, Barbie, y juntas, haremos una casita bien bonita, miraremos el fin del mundo y cuidaremos del conejito que vive ahí.

Hablando de imposibles, ¿te acuerdas del día que don Pendejo se sacó la lotería? Que hizo un fiestón con mariachi, tacos, cerveza y toda la cosa. Todos estaban

felices en la vecindad. Yo me puse a tomar cerveza a escondidas. Sabe bien la cerveza. Ya me gusta. Pues, ¿te acuerdas cuando se fue a vivir a una colonia de ricos, qué hizo antes de irse? ¿Te acuerdas que tiró bolo? Y lo que gritaba: “coman su alpiste, pinches gallinas, tráguense mis sobras”. Me acuerdo que agarré tres pesos y me compré un cigarro. Ya después se supo que a don Pendejo lo metieron a la cárcel por acariciar niñas como nosotras. Sólo eso supe.

Algún día tendré novio, Barbie. Alguien que me lleve al cine, me compre miles de palomitas y me toque por aquí y por allá. Pero no uno como el de mi hermana. A mi hermana todo mundo la quiere porque es bien puta. Pero ella tiene su novio, el policía que vive con nosotras, y lo respeta, según ella. Además dice que prefiere ser puta, a andarse muriendo de hambre. Y pues, sigue los pasos de mi mami, que en paz descansa. Pero el otro día miré algo muy extraño, Barbie. Descubrí a mi hermana chupándole los pechos a la Blondie. Las dos se retorcían como lombrices y parecía que ronroneaban como los gatos cuando les doy comida. Nomás se entera el policía y nos mata a todas. Hasta a ti, fijate.

Yo una vez vi al diablo, cerca de aquí, de este carro abandonado. Lo vi caminar con su pata de gallo y su trinche, traía una gorra roja de béisbol y entró a la casa de la Rosario y le hizo ese bebé que después le robaron en el hospital y recuperaron en un narcotúnel. A que tú no sabes cómo se hacen los hijos. La mayoría dice que los traen de Francia, pero tú no les creas eso. Los niños se hacen acostándose, haciendo el amor. Antes yo pensaba que se hacían llorando mucho porque un día vi a mi

mami llorando y diciendo que iba a tener un hijo. Y pues nació mi hermanito Adán, sin sus manitas. Pero te decía, el hijo de la Rosario, dicen que es el anticristo. ¿Has oído hablar del anticristo? Pues es un diablo que va a venir al mundo a decir que es el rey; luego nos va a alimentar como don Pendejete, y a todos, uno por uno, nos va a poner marcas en la cara; vamos a andar en la calle con los tres seises y hasta para comerte un burrito te van a pedir un código de barras, una clave o algo así. Eso me lo contaron mi hermana y la Blondie. Si un día tengo hijos espero que Ángel Miguel sea el papá.

Ahora que te veo me acuerdo de cuando te hiciste mi amiguita. Era en tiempo en que mi hermana empezó a comprar toallas femeninas, le empezó a bajar, pues. Algo que a ti no te va a pasar. Ella dice que un día de estos me va a bajar. Yo no quiero eso. Imagínate que me agarre en medio de un montón de gente o en la tienda o aquí contigo o peor, enfrente de ya sabes quién. Qué horror. Bueno, pues fijate que un día mi hermana se enojó porque le enseñé una foto de ella en pañales a un novio rapero que tenía y tiró a todas tus hermanitas al escusado. De pura suerte, Barbie, tú te agarraste de las greñas de una rama que crecía entre la mierda y alcancé a rescatarte con un alambre. Lástima que te arranqué el brazo izquierdo y pues por eso se me ocurrió ponerte ese palo de paletas como prótesis. Pero me perdonaste y desde ese día somos una sola, Barbie. El destino. Yo no sé qué es eso, pero en ese anuncio de allá dice que manejes al destino. Yo no sé. Está bonito el carro. Pero no mejor que el nuestro, que se quemó en aquella balacera entre unos cholos y el muchacho aquel que luego de que lo

soltaron regresó todo loco a su casa y después mató a su propio hermano.

A propósito, fijate que allí se murió la More, nuestra amiguita. Se estaba comiendo una tortilla de harina en su casa y una bala perdida la mató. Pobrecita. ¿Te acuerdas que jugábamos a ser famosas y ricas? Nos íbamos al basurero a buscar sombreros y blusas elegantes, zapatillas de cenicienta, lápiz labial y un friego de cosas para parecer señoras de la alta sociedad. Un día me encontré una falda con estoperoles y lentejuelas que era de la Remedios; también calzones rotos, una cosa rara de fierro que nunca supimos qué era pero decía que había ganado el segundo lugar, un abanico chino y dejamos de ir hasta que nos encontramos las dos orejas que le habían cortado al que secuestraron enfrente de mi casa, y una mano izquierda muy fea. La More sí me quería, muñeca. No como el novio de mi hermana que siempre habla de armas y de las Chivas. Ahí lo ves con su periódico todos los días, fijándose a ver qué cara pongo para darme coscorrones. Se los estoy guardando. Deja que tenga unos años más y va a saber quién soy. Voy a pintarme como calavera de azúcar, le voy a tocar la mano y le diré: “ya-te-to-ca-ca-brón”. Así, con esta voz ronca que hago, así se lo diré. Yo nunca digo nada, Barbie. Sólo contigo hablo a solas, tú eres mi mejor amiga. Pero hoy has estado muy calladita. No te calles, mujer. ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dijiste? ¿Es hora de apedrear a los perros? Sí, es cierto. Es hora de arriarlos un rato, es hora de ser felices. Pero a ver, pásame las pastillas, no te las vayas a acabar.

Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE

En el tapete estaba escrita la frase: Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE. Leonor hizo un gesto de enfado al leerla, levantó la alfombrilla y tomó las llaves de su casa. Adentro todo estaba en silencio. A juzgar por la limpieza y el orden en la cocina supuso que su esposo aún no había llegado del trabajo y que sus dos hijas no habían cenado. Preparó sándwiches y los dejó en la mesa. Llamó a cenar y nadie acudió al llamado. Para relajarse encendió el televisor y cuando la tensión de la telenovela alcanzaba su punto máximo, se escuchó el timbre. Leonor abrió la puerta y Javier, su esposo, entró sin saludarla siquiera. La frase del tapete retumbó en su corazón más fuerte que nunca. Por su parte, él se dirigió a la cocina y un poco apresurado abrió la caja de pizzas que traía, asió dos rebanadas, las introdujo en el microondas y después las devoró en dos minutos. Con la boca llena de comida le preguntó a su esposa: ¿compraste el veneno para ratas? Ella contestó que no había tenido tiempo y esto detonó una discusión que duró cerca de una hora y media, y en la que estaban involucradas las ratas, la economía familiar, la falta de intimidad marital, la leucemia de Per-

lita, la hija menor de ambos, y Emma, la hija mayor, de 17 años, y la amenaza que ésta había hecho en caso de que la pareja tomara la decisión de llevarla a una escuela religiosa.

Eran ya las once de la noche y todas las palabras entre Javier y Leonor eran escuchadas por Perlita, que absorta asomaba sus ojos mininos e indecisos a través del resquicio de la puerta de su habitación.

Las ratas, según Javier, llegaron el día que su mujer ordenó comida china y, junto a sus dos hijas, comió sobre el sofá dejando algunos mendrugos de galleta de la suerte, pollo y arroz. Llegaron cuando Emma terminó un noviazgo de dos años con un joven músico llamado Julián y para distraerse empezó a cocinar; sin embargo, a partir de esto, un día fue delatada por su hermana Perlita, cuyo sentido del olfato le hizo ir a la cocina y respirar el dulce olor (extraño para ella) que despedían los *special brownies* que Emma preparaba para vender en la preparatoria, y que, según Leonor, invitaron a la gran colonia de ratas que azolaba su hogar. En cambio, para Emma, las ratas siempre habían estado ahí, incluso desde antes de que sus padres compraran la casa que les vendió una mujer policía. Las ratas eran las verdaderas dueñas de la casa, suponía Emma, y estaban ahí a la espera de un error, del sueño de todos, escondidas en cualquier lugar, asomando sus ojitos lo mismo desde el interior de la alacena que debajo del refrigerador. “Llamemos al flautista de Hamelín”, proponía Perlita en su afán inocente de colaboración.

Emma había perdido el semestre y su principal actividad era fumar y embriagarse en el jardín mientras

cuidaba de su pequeña hermana. Sus padres trabajaban del alba al anochecer y no estaban enterados de las “distracciones” de su primogénita. La separación con Julián, su ex novio, la había dejado en un estado de depresión sin final aparente. Escribía. Los comunes denominadores en sus textos eran las sombras, la noche y el dolor. Sus padres, debido a sus bajos promedios, indisciplina y escándalos, la habían amenazado con llevarla a una preparatoria de instrucción católica. Para Emma era un exilio. Una derrota total. Perdería la cercanía con Julián, sus amistades, su libertad.

“Si me llevan a esa escuela me mato”, así había amenazado a sus padres.

Las dos hermanas salieron al jardín. Ambas con una intención distinta de entretenimiento. Perlita para jugar con sus muñecas y Emma para destapar una botella de Jack Daniel’s que ya había abierto un día anterior. El cielo estaba nublado. Era una mañana fría y gris como le gustaba a Emma y como no le agradaba a Perlita. En un vaso desechable, transparente, la hermana mayor vertió el primer trago de *whiskey*. Después llamó a Federico, su gato obeso, encendió un cigarrillo y empezó a escribir un cuento en una libretilla. Lloró al redactar el primer renglón. Se contuvo unos momentos y reanudó el texto. Cuando Emma ya había consumido la mitad de la botella de Jack Daniel’s, el cuento, de casi una cuartilla de extensión, estaba terminado. Ahí se podía apreciar a Emma, la oscura, taciturna, con sus pupilentes rojos, jugando a ser narrador personaje, a ser víctima, a ser:

Frente a una piedra, Julián y Emma juraron vivir felices para siempre. Pero no. En este mundo no existe

tal falacia. Él era un gran vocalista y amaba cantarle a las sombras. Ella era una sombra y lo seguía en su mórbido afán de seguir siendo sombra. Vivían juntos y en su propia jaula el amor los hacía cada noche y la oscuridad era otra caricia. Todo era oscuramente feliz, hasta que llegaron las ratas. Esas ladronas, ominosas, que se llevan todo y lo devoran. Vivir feliz para siempre es imposible. Innecesario. Es menester vivir en las sombras para anhelar la luz. Pero Emma, no quería la luz. Ella deseaba, con toda su desalma, la sombra que como una nube obesa o un árbol oscuro y frondoso, Julián le regalaba. La cola de una rata sedujo a Julián. Y un día, lluvioso y sombrío, él cerró la puerta de su casa tras de sí... y no volvió. Los días pasaron. El silencio era un inquilino constante en la casa de Emma. También el llanto. A veces ella abría la puerta esperando ver la sombra de Julián deslizándose hacia su ser, pero siempre veía lo mismo: la soledad. Al final, decidió terminar con su amargura, con su angustia y bebió un veneno que ya tenía dispuesto para la hora de partir hacia el infierno, porque se dice que los suicidas se van directo a ese valle de sombras. Lo tomó y cayó en el sofá como una pluma. Antes de morir, escuchó que Julián tocaba la puerta, pidiendo perdón, pero Emma, extraviada en su último dolor, sólo alcanzó a decir adiós...

Al mismo tiempo, Perlita realizaba una construcción con pequeñas tablillas de madera, pedazos de cartón, plastilina y piedras; construía un hogar. Los integrantes de la casa eran Santo, el enmascarado de plata, un pequeño luchador de plástico, una My Scene rubia con vestido morado y una Barbie gótica que tenía un solo brazo. Los

tres juguetes tenían algo en común: una extremidad carcomida por los dientes de las ratas que merodeaban el jardín. Perlita colocó dos corcholatas sobre una piedra plana que hacía las veces de comedor, sentó al luchador y a la My Scene en piezas LEGO y acostó bocabajo en una tablilla a la Barbie gótica: así inició el juego de la vida, el juego de su vida. Ahí estaba la pequeña, jugando a ser narrador omnisciente, a ser dios. La My Scene y el luchador comenzaron su discusión:

—¿Compraste el veneno para ratas, Leonor? —preguntó Santo, el luchador de plástico.

—No tuve tiempo. Mañana lo compraré, mi amor —respondió la My Scene.

—Nunca haces nada bien. Yo lo compro mañana.

—Ya te dije que no tuve tiempo, Javier. Dile a tu hija que lo saque de donde lo escondió.

—Cállate. Nos puede oír —susurró el enmascarado de plata.

—No nos escucha. Siempre está escribiendo sus tonterías oscuras y escuchando esa música del diablo.

—No la entiendes. Por eso no te quiere, Leonor.

—Tú eres el que ya no me quiere. Me pediste que trabajara porque con tu sueldo estamos jodidos. Me pediste que dejara de gastar en el gimnasio porque era un gasto, según tú, innecesario. Y ya ves. Aumenté algunos kilitos y ya no me lo quieres hacer. ¿No me estarás engañando?

—Cállate, Leonor. No levantes la voz. Te puede escuchar Perlita.

—A propósito de ella, ya se le acabaron las medicinas y tenemos que llevarla pasado mañana al doctor. Te toca pagar la consulta y todo lo demás.

—No tengo dinero. Tengo que pagar la luz, el agua, el cable y mi maestría de un tirón. Hazlo tú esta vez. Ayúdame.

—Se llama leucemia, no gripe, Javier. Nuestra hija está desahuciada y tú le juegas al mártir. Hazte responsable —arguyó la muñeca del vestido morado.

—Pues ya veremos, Leonor... Oye, ¿Emma ya comió algo? Desde que terminó con el novio y la descubrimos con sus “panecitos” no ha querido probar bocado. Espero que ya se le pase. Y espero que le sirva y no le afecte la noticia que le daremos.

—¿Cuándo le diremos?

—No sé. Esta semana. La escuela de monjas no es tan mala. Son aburridas y rezan diario, pero la disciplina que implementan cambia para bien a las muchachas rebeldes. Emma necesita esto. ¿Ya ves? Hasta vendió marihuana en pastelillos. Ella necesita un cambio.

—Oye, ¿y si cumple lo de suicidarse si la llevamos a ese lugar?

—No seas tonta, Leonor. Ella ama su vida. Lo de ahora es sólo un bache. Esto es normal en los adolescentes. Es una racha que Emma trae de cosas que ella considera horribles. Pero nomás. No pasa nada. ¿Cómo crees que se va a matar? Eso no pasa.

La conversación entre el luchador de plástico y la muñeca My Scene, reproducida con la tierna voz de Perlita, que había memorizado de forma casi idéntica aquellas discusiones cotidianas, fue escuchada por Emma, que de esta forma se enteró del plan que sus padres tenían reservado para ella. Ésta miró las nubes y sintió una gota

de agua sobre su frente. Apretó los dientes y le dio un trago a la mismísima botella. Se dirigió al interior de la casa y regresó al jardín con el contenedor de veneno para ratas que había guardado celosamente en su cajón de ropa interior, y con otro vaso desechable. Ahí estaban sobre una mesilla las dos botellas. Atractivas. Peligrosas. Emma las miraba. Sus ojos vidriosos estaban detenidos en ambas botellas como hipnotizados. Perlita tomó a la Barbie gótica y le dio el beso de las buenas noches. Después se dirigió a Emma y le hizo una pregunta que sacó a la hermana mayor de su trance:

—¿Te quieres morir, hermanita?

Emma, ya ebria, la miró, se sirvió la última porción de *whiskey* y antes de beberla respondió:

—Sí. Yo no quiero vivir sin Julián y menos si me tienen en una correccional. Yo sé que tú no me entiendes, chiquita, apenas tienes nueve años, pero la vida es así: a veces cruel, a veces más cruel.

—Tú te quieres morir y yo quiero vivir. Ya sé que me voy a morir y me da tristeza, pero tengo esperanza de que mi papi, con sus estudios, encuentre la cura para mi enfermedad. No deberías llorar y estar así.

Emma observaba a Perlita. Nunca había oído esas palabras. Nunca había recibido una bofetada así. Ella pensaba en el suicidio, en su fragilidad, y su hermanita menor pensaba en vivir, en su afán de permanencia. La diferencia radicaba en que Emma tenía enfrente a la vida y Perlita a la muerte. Otra diferencia era que la pequeña estaba consciente de su destino y la mayor no.

Empezó a llover. La libretilla en que Emma escribió su texto fue castigada por las gotas. La casa que Perlita

había construido fue destruida también. Los vasos transparentes se llenaron de agua. Ambas hermanas entraron a la casa. Emma ya no escondió más el veneno para ratas y a partir de ese día los roedores no se vieron más. Finalmente no la enviaron a la escuela católica. Nunca volvió con Julián. Javier y Leonor limaron asperezas y enderezaron su relación. Así, todos vivieron felices para siempre hasta dos meses después.

THE WEST IS THE BEST

Casi anochece. El sol se va tambaleante hacia el oeste y por eso Mario sabe que seguir ese camino es la mejor solución. Piensa que lo peor ya pasó, pero la nada le responde con un cascabeleo cercano; sin embargo, el niño no le teme a los cascabeleos, su padre lo instruyó bien y conoce algunos trucos para matar serpientes o evitarlas. Mirando el cielo intenta adivinar la hora: 6, 6:20, no 7, ni 5:30, menos 5, mucho menos las 4, no, 6, 6:10, por ahí. Falta poco para la noche. En el desierto la tarde es más limpia, más callada, no parece la tarde, parece más bien una madrugada, piensa y acelera el paso. Ha descansado pero tiene sed, y hambre, mucha. El último bocado que probó fue un burrito de frijol cuando en la madrugada de este día su padre aún estaba a su lado. No ha dejado de llorarle a su padre. Tiene la corazonada de que aún está vivo, a pesar de la ráfaga de balas o la de los rayos de sol. Alguna vez su padre le dijo que la virgen se le apareció y que ésta le prometió que nunca moriría asesinado. Mario ha creído eso siempre y eso lo motiva a seguir un camino que imaginó previamente cuando le dijeron: “las cosas se pueden poner feas y cuando eso pase, tienes que portarte como un hombre”.

El calor amaina y caminar es ya una prioridad: debe llegar a la playa, allí alguien puede ayudarlo. Mario sabe que la playa está hacia el oeste. “Bonafont”, así bautizó al arbusto que le prodigó horas enteras de sombra ha quedado atrás. Ahora hay que seguir. Le preocupa la sed que empieza a sentir. La sed siempre es la principal preocupación en el desierto. La última gota que tomó fue hace cinco horas, cuando llegó al arbusto y decidió, bajo la sombra, terminarse la botella de agua que cargaba consigo. Luego durmió un rato y soñó que estaba en el desierto porque las cosas se complicaron, y que su madre no había muerto atropellada por un turista gringo en Mazatlán. También soñó que tenía sed y que sólo había cerveza pero no podía tomarla por la amargura de su sabor.

Mientras camina hundiendo sus botas en una arena inestable mira hacia atrás y se detiene a cavilar: mejor regreso a Bonafont, ahí puedo descansar, hacerme una cobija de arena y dormir; el huequito en el que está me puede ayudar contra el frío que va hacer en la noche. Pero no, prefiere caminar y avanzar hasta la playa. Sabe que está cerca, su padre le indicó cuando estaban aún en el vehículo que para el Oeste está la playa, no muy lejos, y que ahí hay un poblado. Camina. Imagina un juego: forma parte de un videojuego y él tiene que llegar a la playa para rescatar a una princesa, le viene a la mente Mariana, la morenita de los frenos que tanto adora y que le dijo “no” cuando se le declaró en el recreo. Tiene que evitar los cactus y las serpientes. Él obtiene puntos cuando avanza un kilómetro; no sabe medir los kilómetros pero para él son doscientos pasos, entonces cada que

avanza doscientos pasos siente que a su cuerpo llega una energía del cielo y gana puntos, mismos que le ayudarán a tener fortaleza cuando enfrente al hombre de la playa que tiene secuestrada a Mariana. Camina y tira golpes al aire, así elimina a las sombras del desierto, una especie de fantasmas que desean a toda costa que el jugador P1 no rescate a la princesa. Sin embargo, el esfuerzo lo agota. Ahora lo comprende.

Posteriormente se escuchan aullidos. Los presiente cercanos, como a cuatro mil pasos; pero no les teme. Aprendió a no temerle a los aullidos porque los considera como ladridos, y su abuelita, la experta en amor y en tortillas de harina, le dijo una vez que el perro que ladra no muerde. Por eso Mario continúa caminando hacia la playa que ha añorado desde que dejó el apretujamiento en la vagoneta, para emprender la huida corriendo, soltando la última hebra de la camisa blanca de su padre.

—¡Vete, corre, piérdete! —le gritó Mario Luis, mientras intentaba zafarse inútilmente del peso poderoso de Ramón y Jonathan, dos amigos suyos, muertos en la lluvia de balas que surgió de la oscuridad.

Mario, entonces, corre un poco. Los aullidos le parecen más cercanos conforme avanza y se detiene a imaginar que en este desierto sólo tiene una vida y no debe tomar riesgos. Solloza. Recuerda a Mariana, la niña que le gusta, e imagina que debe rescatarla para cobrar el premio de un beso. Pero la luna, en su actitud de ojo que todo lo atestigua, que todo alumbra, le recuerda que él debería estar en otra parte, contemplándola. ¿Dónde? Quizás en la playa o en el techo de su casa o en el techo de la casa de Mariana, la niña de los frenos emocionan-

tes. Por un momento, Mario piensa en la sensación de besar una boca tapiada de fierros. No le agrada lo que siente, pero revive su anhelo al sentir el frío vidrioso que el desierto le prodiga a estas horas. Después vuelve a llorar. Llorar, ya no de forma callada y para sí mismo, sino para toda la inmensidad que lo atrapa. Llorar de frío, de hambre, de sed, de infortunio; llorar por su padre y lanza un alarido más parecido a un aullido que a un alarido. Está solo. Y reflexiona sobre la muerte. La imagen de un niño, en medio del desierto y en medio de la soledad y la oscuridad, es la que aparece a las diez de la noche en esa parte del mundo.

Cae una estrella hacia el oeste.

Gimoteando, Mario decide avanzar más de prisa. Ha pedido un deseo: arbustos. Piensa que la aparición de arbustos como Bonafont anuncia la playa, y para él, la playa es la salvación, primero de él mismo y después de la princesa Mariana. Si tengo un hijo con ella le pondré Bonafont –se jura a sí mismo–, o Arbusto o Estrella o Julieta como la novia de Romeo.

Sus piernas. La arena las ha hecho pesadas. Mario las siente como dos remos inservibles en un mar de lodo, como dos servilletas mojadas.

Una luz aparece detrás de una duna. Emite un breve fulgor. Ante la visión, Mario no se detiene y presiente que está a salvo, que alguien puede estar detrás del pequeño montículo. Acelera el paso con sus piernas desmigajadas para sortear la duna y ganar puntos en el juego que le ha desmoronado las esperanzas. Al librar el escollo, descubre a su madre al lado de una fogata, sola, vestida de verde, tomando café, contando estrellas. Ma-

rio la observa y camina hacia ella con una indiferencia que el mismo desierto le ha prodigado. Allí está su madre, mirándolo con ternura, invitándolo al fuego, al café, al calor maternal, pero el niño no está para estas contemplaciones, corre hacia la fogata y la pateo con rencor. La patada desordena las brasas y las chispas que brotan desaparecen en el aire de la noche como una pirotecnia sin pólvora y sin sentido. Enseguida, la arena se abre y forma un remolino en cuyos márgenes se detienen por un instante las imágenes que Mario ha rechazado, y se las traga con resignación y violencia. Su madre, la fogata, la taza de café y las estrellas que ella contaba, se esfuman y heredan una oscuridad casi total de la medianoche en el desierto. Mario piensa en la muerte.

La imaginó tantas veces como una anciana con vestido negro, con una flor fosforescente en el corazón y sin cara. Un día, a los seis años, mató a una gallina de una pedrada, y en ese momento, cuando el animal dejó de respirar, Mario esperó sentado a la muerte, contando los segundos, luego los minutos y al fin un par de horas. La muerte no llegó a esa cita y entonces entendió que una mujer de negro y sin cara, no viene al mundo a tocarnos con sus dedos larguiruchos y afilados para llevarnos después al cielo o al infierno, sino que deja que nosotros nos muramos de la manera que la vida disponga y después ella, en su ministerio de la mortandad, sólo nos registra como muertos ante dios o el diablo, y luego, ahora sí, viene a nosotros a tocarnos con sus dedos larguiruchos y afilados para hacernos nacer en otra cosa, en otra parte y con otra piel, ojos, manos, cabello, nombre y padres. Al recordar esta particular concepción Mario le grita a

las serpientes que vengan por él y lo devoren; le grita a dios que arroje una estrella y ésta caiga sobre su cabeza; le suplica al desierto que se lo trague como a su madre y a la fogata; pero nada de esto se cumple y el silencio lo ensordece hasta el llanto, un llanto seco más parecido al de la alegría que al de la desdicha. Mario camina hacia la muerte. La siente en su pecho, en el remolino en su cabeza, en su respiración de bestia herida y en su corazón yendo de aquí para allá como un péndulo. Cae de bruces en la arena y el sueño lo toca con sus dedos larguiruchos y afilados.

Una música lo despierta, un requinto alegre. También el frío. Una guitarra suena y no es un sueño, tampoco el frío. Le viene a la mente su padre y de nuevo presente que no ha muerto, que está ahí en algún lugar preciso de este planeta, buscándolo, pensando en él, removiendo cada ribete de la tierra para encontrarlo. Eso lo impulsa a seguir y se incorpora, pero tiritita de frío. A toda hora el desierto es inclemente. La música se escucha cerca. Las estrellas no han cambiado mucho su posición por lo que Mario considera que en realidad durmió muy poco, acaso una hora. Su madre le enseñó a ver el cielo, a calcular la disposición de los astros, a distinguir las tonalidades y a no perder el tiempo. Se acuerda de su padre y de Mariana y corre a buscarlos. El juego en el que él es el salvador de todas las causas no ha terminado. La música no deja de fluir ni su agotamiento ni el hambre ni el frío ni el maldito desierto.

No avanza ni 20 metros cuando tropieza, fatigado, derruido. Aún así se levanta y camina con dificultad. Ahora lo único que importa es sobrevivir. Se pregunta:

¿estoy vivo? ¿Estoy en el infierno? ¿Ese hombre es el diablo? Y una hipótesis que no había querido sembrarse en su mente y que había estado pinchándole las costillas: mi padre ha de estar muerto. Camina hacia la tenue luz de la que proviene el requinto, que ahora suena tétrico y desolador, y ahí está el hombre. Es un anciano alto, muy delgado y con ojos pequeños, tocando una guitarra al lado de una fogata en la que cuatro huevos se cuecen en una pequeña olla al calor de las brasas. También hay un garrafón de agua, bultos que parecen cobijas y una escopeta. Mario, como una sombra surgiendo de la oscuridad, provoca que el hombre deje de rasgar las cuerdas. Ambos se miran y el viejo, incorporándose, dice:

—*What the fuck?*

Mario no entiende; sin embargo, confiado, camina hacia él, camina con la seguridad de que esa persona, sea quien sea, tiene la voluntad de salvarlo, que todo estará bien y que no es parte de una alucinación o espejismo, porque ha desechado la idea de que el hombre es el diablo. No tiene cuernos, no es rojo, no tiene barba de chivo, así concluye tomando en cuenta la descripción del demonio que alguna vez le hizo su prima Rosario. En realidad, sí hay alguien, a esa hora, en esa parte del desierto, y coincide con él, un niño mexicano más en este inclemente espacio del mundo.

—*What's wrong with you, boy? Are you ok?*—pregunta el anciano ajustándose el cinturón.

El niño sólo observa el rostro del hombre y resopla.

—*Do you want eggs? Water?*—ofrece, generoso, el viejo, y le da un cucharón.

Mario, sin mirarlo a los ojos y sin responder, toma el cucharón, saca un huevo de la ollita, se le cae a la arena y al quererlo tomar se quema los dedos.

—*Wait, wait, wait. Let me do it* —le dice el anciano mientras aleja la ollita del fuego, sustrae los huevos y los coloca minuciosamente sobre una piedra cuadrada—. Enseguida le ofrece agua de una cantimplora y Mario se adhiere a ella con una ansiedad angustiosa. El hombre observa, se sienta y manosea los huevos pasándolos de una mano a otra, con sus dedos larguiruchos y afilados. Al fin, se los da al niño y éste los devora, primero mirando los ojos azules del anciano y luego sus dedos tocando desafinadamente una canción alegre. Ambos guardan silencio durante un rato.

El hombre deja de tocar la guitarra y mientras sustrae un par de maderos de un costal, le pregunta:

—*What's your name? You, you. Name. Mmm. I'm Cold. Cold.*

Mario lo observa y antes de responder cae de bruces, por segunda vez, en la arena. Vomita los cuatro huevos y antes de dormirse por completo, le pregunta al anciano:

—¿Dónde está mi papá, adónde te lo llevaste?

Dormido, Mario sueña el infierno.

Amanece.

Al despertar, se encuentra solo y descansando sobre una sleeping bag roja. Siente una brisa fresca en su frente y arena, arena por doquier. Le duele todo el cuerpo, su

ano. Se lleva la mano a esa parte y sus dedos, teñidos de sangre, parecen lápices labiales en desuso. También le duele la espalda, como si alguien hubiese saltado sobre él. Se toca la espalda para masajearla y al regresar sus manos a su campo visible, observa un líquido blanco y viscoso que lo hace vomitar todo el dolor que las últimas horas le han obsequiado y recuerda a su madre, a su padre, las balas, México, Mariana y a Cold, el gringo de los dedos larguiruchos y afilados. El llanto de Mario en el desierto despierta a las serpientes.

De la debilidad y el desamparo, el muchacho saca fuerzas y logra ponerse de pie. Camina y piensa que ya no hay juego, que ya no hay puntos que ganar. Sobrevivir es la premisa. Dirigiéndose al Oeste concluye que todo lo sucedido puede darle un final feliz, como en las películas o en las telenovelas. Es temprano. El sol matutino aún no espina, aún no duele. De pronto, el azul del mar aparece a lo lejos como un espejismo tembloroso entre la realidad y el estupor. El rumor de las olas es una nueva música. Un escenario de videojuegos anhelado es la duna anterior a la playa. Mario, ya sin lágrimas, llega a la playa y confundido contempla el agua imposible, pero siente serenidad, alivio y hasta parece escuchar una voz proveniente del mar que le dice: todo está bien. El niño se dirige al mar, entra en él. Una ola lo arrolla y otra y otra. Se toca el ano y la sangre ya no existe. El mar sigue hablándole hasta que escucha un grito real: ¡*Hey you!* ¡Niño!

Una mujer con ropa deportiva y una tabla de surfear se abalanza sobre él y lo rescata del mar locuaz. Con su español entrecortado lo reconforta, le da palabras de

aliento y humanidad y le regala una botella de *Gatorade*. Después, continúa su rutina y se aleja corriendo. Con la bebida, el agua del mar, la rubia surfista y el frescor de la mañana, el niño recupera la esperanza. Reflexiona mientras observa y considera traidor al mar. Una pareja de ancianos norteamericanos pasa corriendo y apenas lo observan. También un hombre con dos niños, que no evitan mirarlo y murmurar. Otra surfista. Un hombre mayor con un pastor alemán.

Mario decide incorporarse y tomar rumbo. Elige ir al Sur. Andando hacia allá se encuentra a más personas conforme avanza. Todas lo observan unos instantes, pero es todo. Para la gente, Mario sólo es otro niño en la playa. Sin embargo, por un azar de vida o de muerte, algo llama su atención, sin verlo, como un presentimiento. Entonces interrumpe su caminata hacia el Sur y da vuelta hacia el norte. A lo lejos, 60 o 70 metros, ve a un hombre vestido igual que su padre: jeans azules, camisa blanca con una franja verde en el pecho y gorra roja de los Bravos de Atlanta. Mario suelta la botella de *Gatorade* y corre hacia el hombre; pero al verlo fumar se detiene. “Papá”, le grita y el hombre dirige su mirada hacia el niño. Ambos se miran. En ese instante las miradas tienen el tiempo necesario para admitirse como el instante de dos soledades mutuas, de dos que la vida une y desune en una aparición breve. Papá —susurra Mario—, ¿papá? El hombre, a 40 metros, arroja hacia enfrente la colilla de cigarro y da la media vuelta. Mario también.

LA LEYENDA DE TINA GUCCI

En los noticiarios predecían que el huracán Florentina arribaría al puerto alrededor de la medianoche del viernes. Un viento feroz y eléctrico ya se colaba entre las casas y hacía temblar las ventanas de los edificios y las campanas de las iglesias y los cabellos largos de las mujeres en las calles. Los pájaros huían como presos inocentes de una prisión. Las personas corrían de aquí para allá tratando de conseguir provisiones, tapiar puertas y asegurar sus pertenencias más valiosas. En algunas colonias la energía eléctrica se esfumó. En otras se improvisaron albergues que dieron acceso a familias con bajos recursos y a indigentes. En la televisión anunciaban lluvias torrenciales y relámpagos, vientos de más de 180 kilómetros por hora y fuertes marejadas que asolarían a la población durante toda la noche hasta el mediodía del sábado, y quizás hasta la madrugada del domingo. A las ocho de la noche, el gobernador declaraba, desde la calidez de su hogar, estado de alerta máxima en todo el estado y las regiones aledañas.

En ese preciso instante, Julia empezó con las contracciones y dolores preparto. Miraba, enervada y sudo-

rosa, las noticias en el televisor, acompañada de su esposo Luciano, de ascendencia italiana, y de su hermana Justina. Dentro de ella, alguien pateaba con fuerza y presionaba con ahínco para lograr la libertad añorada, la luz de la vida. Los dolores continuaron hasta la media noche cuando era imposible salir en búsqueda de un hospital. Florentina era como una niña iracunda y gigantesca jugando a las muñecas en la ciudad.

—Tendrá que ser aquí —le manifestó Luciano a su esposa, mientras mantenía una toalla húmeda y fría sobre su frente.

—Sí, lo sé, igual que yo que nací en mi casa, hoy tiene que ser, mi amor —respondió Julia tomándose la panza con la mano izquierda y asiendo la mano de su marido con la derecha.

El ojo del huracán se instaló a las orillas de la ciudad y cada oído recibió el rugir del viento como si fuera el mismísimo rugido del averno. Así nació, en la cocina de su casa, una lindísima bebida que en honor a la tempestad que la enfundó, sus padres bautizaron como Florentina Gucci Martínez, olvidando las prolongadas discusiones de Julia y Luciano en torno al nombre de su hija, quien pudo llamarse Venecia, porque ahí fue la luna de miel; Génova, porque ahí se conocieron; o Martina, porque ése era el nombre de la bisabuela de Julia.

Florentina Gucci creció y siempre fue muy engreída y vanidosa. Así la educaron. A temprana edad le nació la desmedida predilección por las frivolidades del mundo, por los armamentos de la belleza, la ropa de diseñador, las piedras preciosas, el maquillaje. Desde pequeña se acostumbró al halago. Le gustaba que la compararan con

Paris Hilton, pero ella misma aseguraba ser más atractiva. Además, cuando explicaba el origen de su nombre, lo aderezaba con un carácter mítico y hasta celestial que la anécdota no ameritaba. No obstante, era muy bella, de verdad muy bella. Su cabello era como una aglomeración brillante de espigas; tenía la boca roja, dilatada, semejante a una rosa en su cara; su cuerpo era delgado como una serpiente, y su piel, según ella, estaba hecha de leche y miel como una tierra prometida. Obtuvo diversos premios y reconocimientos como “Niña Gerber”, “Señorita Kínder Sorpresa”, “Reina de las flores”, entre otros. Mínimo a Cosmopolitan, presumía y auguraba, orgullosa, su madre. Pero fue hasta su adolescencia que Tina, como ella misma se apodó, alcanzó la verdadera fama y saboreó las mieles de su propio estrellato.

Luciano Gucci, su padre, era un italiano adinerado. No era mafioso, como muchos pensaban, pero había aprendido bien la forma timadora de obrar de algunos camaradas mexicanos. Sin embargo, la crisis nacional lo alcanzó. Sus tres restaurantes de pizza al horno disminuyeron considerablemente sus ganancias. Esto afectó a Tina Gucci, su hija. Ella vivía en un cuerno de la abundancia y tenía todo a la mano; no le importaba el porqué de las cosas, ni el cómo. La situación se agravó cuando otro huracán, durante una temporada prolongada, casi arruinó a su familia. Este fenómeno llegó lento, flácido, casi vacío. Pero fue cuando su ojo estuvo sobre la ciudad, como un clavo que atina el punto exacto en la madera, que todo se lo llevó. Arrasó con torres y tejados, con árboles y autos, con personas y economías. Era tal la distorsión del panorama que la ciudad nunca volvió a ser la

misma y sus habitantes se vieron forzados a modificar su nivel de vida. La familia de Tina disminuyó sus gastos. Se acabaron los lujos y las comodidades, los polvos mágicos y los paseos domingueros. La vida para Tina, se limitó a estudiar en una escuela pública, a dejar las clases de ballet y a mencionar sus pizzas sin el orgullo de antaño. Pero ella no se resignó a sus limitaciones, a su nueva vida, porque se consideraba una “niña bien”.

En secundaria y preparatoria, Tina, como Penélope, tuvo muchos pretendientes. De la misma forma que la esposa de Ulises, ella esperaba a su hombre, al inexistente, al que habría de llegar un día como un huracán a darle ese amor de los cuentos de hadas. Sin embargo, la muchacha no protagonizó la historia de la princesa que para encontrar a su príncipe azul decidió besar sapos. Todo lo contrario: Tina despreciaba a cuanto buen mozo la rondaba. Para ella nadie tenía el porte, nadie era adecuado ni suficiente, nadie la merecía. Haces bien, hijita, ellos son los vanidosos; como eres hermosa, ellos no quieren quererte sino verse bien cuando están a tu lado, le aconsejaba Julia, quien también nació en una cocina. Tina sonreía y su progenitora se hinchaba de orgullo por tener un modelo de hija, una modelo como hija, una ninfa griega, una Paris Hilton cualquiera. Pero como la “niña bien” y su familia ya no gozaban de la abundancia de antaño, Tina encontró una manera fácil de sustentar sus lujos. Así, en menos de dos meses se le vio entrar a las tiendas para comprar bolsas caras, ropa, zapatillas, aretes: Channel, Prada, Dolce & Gabbana, Óscar de la Renta, Gucci.

Cuando Fabián, Frank y Christian, diletantes y jubilosos mostraron su nueva adquisición a los demás muchachos, la noticia se esparció. Las fotografías mostraban la desnudez entera del cuerpo blanquecino de Tina, sus senos amplios y visiblemente endurecidos, su cintura minúscula como de avispa, sus glúteos firmes y bien torneados y sus piernas ganadoras de cualquier concurso. Las imágenes eran la sensación entre gran parte de la comunidad masculina de la ciudad. En las incipientes redes sociales Tina publicaba imágenes donde mostraba su cuerpo, pero la desnudez la guardaba para las fotografías impresas, de las cuales obtenía un beneficio económico capaz de pagar todos sus caprichos. Había quien le compraba todo un portafolio con alrededor de cincuenta fotos. Su mejor amigo, Divo, era el fotógrafo de la diva, y fungía como el comercializador y distribuidor de dichas imágenes explícitas.

—Mínimo a la Playboy llegarás, amiga —le decía, amaneradamente y en tono de broma, su socio.

—No hay de otra, Divo, ni modo que me prostituya —respondía sarcásticamente.

Con el paso de los días, Tina llenó sus arcas. Cuando salía a la calle, ella y su numerosa-plaga-de-preten-dientes-de-todas-las-edades se esquivaban las miradas; su belleza, helenística, siempre inminente y aparentemente definitiva, los invitaba a la complicidad colectiva, a guardar bajo tierra o dentro de un arcón de acero aquel transparente secreto.

Pero el negocio terminó. Tina tuvo su primera experiencia sexual a los 17 años con Diego, el novio de Divo. Quién se jactaba de ser un depravado sexual. Cuando

eres bisexual, eres el ser más depravado del mundo. ¿Por qué? Porque cualquier trasero está disponible para ti —expresaba Diego cuando las conversaciones giraban en torno al tema.

Destrozado emocionalmente y con el instinto vengativo en su máximo nivel, Divo se propuso arruinar social y económicamente a Tina.

—Dicen que si tienes por enemigos a un gay o a un chino, es mejor que huyas a otro planeta —le advertía Dalia, su mejor amiga.

—No pasa nada, ya se le pasará, además Divo sabe que Diego le es infiel. ¿Para qué se hace pendejo? —respondía nerviosa, tratando de darse ánimos, Tina Gucci.

Finalmente, los desnudos se publicaron en internet y el negocio dejó de prosperar. El escándalo le aseguró un acoso en las redes sociales, que hasta a nivel nacional lo catalogaron como una “cortina de humo”. La vergüenza se cernió en la familia Gucci Martínez. Y las salidas, a la calle incluso, fueron prohibidas para Tina. Hasta apareció en un programa de televisión para lamentar lo sucedido, llorar y declararse inocente.

Los meses transcurrieron y el tema dejó de tener vigencia. Después de un tiempo, Tina volvió a salir a tomar café con sus amigas y, en esas reuniones, ya planeaban lo que sería la noche en que celebraría su mayoría de edad.

—Ya no hay caballeros en este mundo —se quejó Mariana, una de sus amigas, mientras tomaban café gourmet.

—¿Qué es un caballero?—preguntó Tina.

—Los caballeros son el último animal mitológico.

Una especie en extinción. Personajes hermosos y fornidos con aliento a menta y con sabor a vainilla o chocolate. De dientes blancos, perfectos, y de miradas que matan. Siempre andan bien vestidos, con capa y sombrero, perfumados con las esencias naturales del agua y la tierra. Son puntuales y te abren todas las puertas, son sensibles y rudos héroes que mueren por ti, son Hombres con mayúscula que no mienten, son fieles, te siembran flores en la boca, se baten a duelo con tus demás pretendientes y como huracanes, arriban a tu ventana a cantarte que eres la-gema-que-dios-convirtiera-en-mujer-para-bien-de-sus-vidas —desvarió Dalia.

—Pues, yo espero que ya pronto llegue a mi vida ese caballero, no quiero que la novela de mi vida se escriba como si se hablara de una historia de horror.

—Tina, tu vida no es una novela, es una telenovela. En las novelas siempre hay finales tristes, en las telenovelas no. Ya verás que encontrarás a tu gran amor y terminarás vestida de blanco, frente al altar, casándote con un caballero. Ese será tu gran final —respondió Dalia, con su diplomacia acostumbrada.

—Sí, las telenovelas lo dicen, el matrimonio es un final —agregó Karla, la mayor del grupo.

Todas rieron. Un aire helado y vehemente hizo volar las servilletas de la mesa y el billete de veinte pesos que las muchachas dejarían como propina al joven argentino, estudiante de intercambio, que trabajaba por las tardes en el Café Palestra.

Y cumplió años.

Le cantaron las mañanitas. Ya era mayor de edad. Observó la fotografía en su credencial de elector y re-

funfuñó. Ésta no soy yo, aseguró en voz alta y se fue a bañar. Por la tarde, se miró al espejo y decretó: ésta sí soy yo. Y así, con esa seguridad de cabello planchado, falda corta, escote y tacón, salió a su cita con el destino. Ahí, en el bar Destiny, bebió y bebió. Martini tras martini: limón y chocolate, sus preferidos. Al paso de las horas sus ojos ambarinos fueron tomando un extraño tono rojizo, como rubíes. Acudir al sanitario era como caminar sobre la espalda de una yegua. Entre risas, copas, cigarros y pláticas en torno a la falta de sensibilidad en los hombres, Tina se enamoró.

—Cucú, cucú, pasó un Caballero, Cucú, cucú, con capa y sombrero... —alguien, en la mesa, cantó.

Era la primera vez. Por fin Tina veía en persona a un Caballero. Era un hombre tal y como lo había descrito Dalia, había aparecido como un huracán. Hasta la nariz de Tina llegaba el suave, el dulce olor a menta de su aliento. Imagino sus besos —pensaba—, mejor no me voy.

Cupido Pérez, que tomaba cerveza junto al poeta maldito del barrio, lanzó dos flechas y acertó.

Caballero se aproximó a Tina Gucci, presunta Miss Universo, y ésta experimentó un temblor extraño, incluso se despeinó. Su Ulises llegaba por fin. Tina se sonrojó por primera vez y detuvo su respiración. Con voz de galán de ultratumba Caballero la invitó a caminar y ella aceptó.

Allí iba Tina, la gran Tina, como hipnotizada, como llovizna muda en la estela de un huracán —poetizaba por ahí, el poeta maldito.

—Estoy enamorado de ti. Miré estas fotografías en la red. Por eso decidí venir hasta aquí —le susurró Caballero con su aliento a menta.

Tina, quien aún sentía un huracán de alcohol en su cabeza logró preguntar mientras se pensaba enamorada por primera vez:

—Cucú, Cucú. ¿De dónde saliste tú?

—Vengo de un lugar muy lejano, donde sólo vivimos los Caballeros, de donde sólo en ciertas temporadas se nos da permiso de salir: vengo del Gran Ojo. Cuando salimos se bautiza al huracán con nuestro nombre y cuando el nombre es femenino es porque ya hemos elegido a una mujer y ha nacido un nuevo huracán.

En ese momento, encandilada por la prosa seductora y hasta confusa del verborreico Caballero, Tina Cúcú se durmió. Al despertar estaba frente a la puerta de un apartamento. Caballero la besó y la invitó, antes de entrar, a quitarse la ropa. Tina Cúcú se desprendió de Armani, de NKNY, de Gucci. Entonces, ya desnuda, abrió la puerta del apartamento y, excitada y veloz como un huracán, saltó sobre la cama del Caballero verbal.

Al siguiente día el encabezado “TINA EN LA TINA” no pudo expresar de una manera más precisa la noticia de que Florentina Gucci Martínez, Tina Gucci, apareció en una tina de baño repleta de cubos de hielo, con dos orificios en la parte media de su espalda, sin riñones. La otra noticia que apareció en la primera plana fue que el huracán que castigó a la población se había convertido en tormenta tropical y ya no afectaría a más personas.

HAPPINESS IS A WARM GUN, MAMÁ

Sí, mamá, la felicidad es una pistola caliente, esto lo escuché en una canción de un tipo que murió precisamente por culpa de una pistola caliente, por culpa de una bala. Una bala siempre dice la verdad, esto lo oí en una película que me hizo llorar al final. Una bala vuela a una velocidad aproximada de 1000 kilómetros por hora, también lo escuché en una película. Ya sabes, me gustan las películas de balazos. Una bala asesinó a Lincoln, a Kennedy, a Colosio, a Selena, a Tupac. Una bala mandó al infierno a mi papá. Y a Juan, mi carnal. Por eso, escúchame bien, no me digas que no, no digas algo sobre dios ni digas algo sobre el demonio, ellos no tienen lugar en esto, aquí sólo somos yo y esos cabrones.

Todo empezó cuando... bueno, para qué te cuento esa historia si ya la conoces. No insistas, mamá. No me digas que no atravesase esa puerta, no me digas que ir a esa guerra me traerá la muerte porque yo morí ayer, cuando lloraste la primera lágrima por Juan y vi tu cara descomponerse como nunca antes. Por eso, no me detengas; mi pistola arde, mi pistola tiembla, quema, hace que mi sangre hierva y no hay salida más que la salida de esta

casa, más que la venganza que hoy como nunca es un plato caliente y no frío. Mamá, debes entender, todo me trajo a este momento y a esta decisión, todos los relojes del mundo me trajeron a esta hora en la que debo salir a la calle a saldar una cuenta pendiente.

Sí, ya sé, ellos son más, tienen mejores armas; tantos agujeros en las ventanas de la casa lo confirman; pero no te preocupes, mamá, tengo una bala dispuesta para cada uno, para cada cabeza. A ti nada te pasará, porque aún te queda un hijo, y este hijo, aunque no lo creas, es un experto en disparar. ¿Te acuerdas del hijo de Frida, el loco de la caja de zapatos? Yo lo maté. Él siempre me molestó diciendo que tú eras la querida de su jefe, por eso me lo quebré el día que cumplió su mayoría de edad. ¿Y del italiano, el que te visitaba después de que papá murió? También le di muerte. No me gustaba su cara, ni su acento. Ni sus zapatos ni su risa. A mi papá no lo maté yo, eso sí te lo puedo jurar. Y no insistas con eso porque ya sabes cómo me pone. Cuando escucho eso, soy capaz de todo, hasta de matarme.

No llores, mamá, no llores. Esos disparos que escuchas no te tocarán. Ahí, donde estás, nadie sabrá de ti. Ahí me escondía cuando me querías cintarear. ¿Y ya ves? Nunca me encontraste, y en tu propia casa. Por eso, no temas, deja que yo haga el trabajo, deja que yo consuma mi venganza y Juan pueda descansar en paz. Es que si no los mato a todos, si dejo a uno vivo, nunca tendremos tranquilidad. Debo ser muy certero, no debo fallar ni un solo tiro. O se mueren o se mueren. No, mamá, ni siquiera mires el celular, ni lo pienses, no quiero a la policía aquí, porque ellos huirán y volverán irremediamente;

no, no llames a nadie, esto se decide aquí, esto termina aquí. A Lennon nadie lo vengó, la policía encerró al asesino y sigue vivo. Yo no quiero esa historia, no quiero que lo de Juan quede impune ante dios.

Perdóname, mamá. Acabo de errar dos tiros. Le pegué a una de sus camionetas y a un poste. Ya sólo tengo cinco en la recámara. Y ellos hacen más agujeros en las ventanas. No temas, ahora no fallaré. Con estas cinco balas mato a cinco y a los otros dos los aniquilo con tus cuchillos de cocina. No puede ser, mamá, mis balas no le dan a nadie. Ya gasté otras dos, una en tu árbol favorito y otra en el letrero donde dice que vendes la casa al mejor postor. Mamá, ya empiezo a dudar. Y ellos siguen agujereando la casa. No te asustes, no llores, a ti nada te pasará. Por eso, mejor te voy a amarrar, no duele, sólo sentirás un ligero apretón. Es por tu bien, no quiero que tomes una decisión estúpida como llamar a la policía o salir corriendo para que te balaceen esos cabrones. Ya, ya mamita, no llores. Yo no soy el malo, sólo quiero vengar a Juan, al menos me llevaré al que le dio el tiro de gracia. Sí, sé quién es, ese barbón cocainómano que no deja de hacer señas con las manos como si eso me fuera a tumbar. Lo mataré y con eso me daré por bien servido. Ay, mamá, volví a fallar, el barbón se movió y la bala se perdió entre las casas que acaban de construir. Espero no haber herido a nadie. Mamá, tengo mucho miedo y estoy confundido.

Ya tengo sólo dos balas y no creo que con ellas pueda eliminar a todos estos asesinos. ¿Qué hacemos? Te dije, como dice la canción, la felicidad es una pistola caliente y mi pistola arde. Quizás por eso también me sien-

to feliz, porque sé que con una de estas dos balas lograré vengar a mi hermano, a tu hijo. Lo que pase después es pura anécdota. Sí, mamá, tendré que salir, pero ahora no quiero salir. Me matarán y entrarán en la casa y te matarán a ti. ¿Cómo crees que permitiré eso? No, no dejaré que esos malnacidos quiebren a toda mi familia. Debo hacer algo, pero no sé qué. Uy, esa bala casi me mata. Ya se acercaron. Ya caminan sobre tus flores, sobre el pasto. Ya escucho sus pasos como si fueran los de una araña a la que le han encargado mi muerte. Creo que ha llegado la hora de cerrar esta historia. De entregarles a los vecinos, que seguramente están de mirones, un final digno. Hijos de puta, ¿por qué no hablaron a la policía? Mamá, perdóname, pero mejor termino yo, con nosotros. ¿Qué te parece? Es mejor morir por nuestras propias manos a que esos perros se salgan con la suya. Tengo dos balas: una, te la coloco en la frente y termino con tu llanto y la otra, la pongo justo en medio de mi garganta para terminar con todo este palabrerío que tengo. ¿No? ¿Cómo qué no? Ya están aquí, ¿no lo entiendes? Ya hasta tocan la puerta. Cómo se atreven los hijos de puta, ahora mismo me los voy a chingar.

Mamá, ya me gasté las dos balas que me quedaban. Y parece que le di a alguien, sí, le di a alguien, a alguien detrás de la puerta. ¿A qué hora dijiste que llegaba Juan? Juan está muerto, lo mataron ellos ¿no? ¿Qué? ¿Llega a estas horas? ¿Qué, no está muerto? ¿Entonces todos los días se muere? No entiendo eso. No soy un pendejo enfermo, te estoy protegiendo y te salvé la vida. ¿Enfermo? ¿Loco? Mamá, ¿por qué me dices cosas tan feas? Tan feas como la tormenta. El viento ya quebró las venta-

nas, el agua ya se metió por debajo de las puertas. Pero, esa agua es roja. Parece sangre. Es agua roja. Agua de lluvia roja. O ¿sí es sangre? ¿La sangre de quien estaba en la puerta? ¿Los maté a todos? Ya entraron, mamá, ya entraron. Cúbrete. Cúbrete. Ahorita mato con tus cuchillos de cocina a todos estos asesinos. Tomen, hijos de puta, tomen su merecido. ¿Asesino yo? No me digas esas cosas, Mamá. No llores más. Es más, mejor me voy a llorar como siempre. Pero antes te desamarro para que me puedas hacer la cena. Quiero papas con chorizo. No llores, no grites, mamá. Ahorita te desamarro. Yo creo que ya maté a todos, porque ya no se oyen. Ya no oigo sus balazos, ya no hay zumbido. Si quieres ya me calmo, y esperamos a ver qué trajo Juan de su trabajo. Voy a poner su pistola donde la dejó, no se vaya a enojar el muy cabrón.

RETRATO DEL OTRO ARTISTA ADOLESCENTE

El fin del artista es la creación de lo bello.
Qué sea lo bello, eso es ya otra cuestión

James Joyce

Estoy en un café
[...]

Ya tengo el tokonoma, el vacío,
la compañía insuperable

José Lezama Lima

La maestra Ximena lo dijo tajantemente: para que Esteban libere toda la energía debe realizar una actividad física. El padre del adolescente escuchó a la bella mujer y de inmediato pensó en algunas alternativas: una batería, un balón de fútbol, tae kwon do o una patineta. Todas estas opciones fueron, en el pasado, aficiones del padre en las que nunca logró destacar. Se decidió por la patineta porque así su hijo podía realizar la actividad fuera de casa y de forma individual.

Al ver el regalo, Esteban, que esperaba un severo castigo, lloró de gozo. Salió al parque a estrenar su adquisición. Entre trucos, saltos y caídas, bebés gateando acompañados de sus padres y abuelos, y el olor de los churros de azúcar, Esteban se aseguraba a sí mismo que su vida había cambiado y que, desde ese día, ya podía ser feliz. Cómo despertaría envidias en el barrio o en la escuela, cómo sería blanco de admiraciones, cómo lla-

maría la atención de Dalia, la chica de la que estaba enamorado.

Sin embargo, su felicidad, que consistía en embardunar con cera los márgenes de unos escalones y deslizarse sobre ellos sin mucho éxito, fue interrumpida por un descubrimiento: una aglomeración de personas alrededor de un quiosco. Esteban observó a los asistentes y algunas caras le resultaron familiares. Eran parte de la comunidad artística que acostumbraba a reunirse en el Café Palestra, un establecimiento ubicado justo enfrente de su casa. El evento era una exposición de arte. Abriéndose paso entre la muchedumbre y tentado por la curiosidad, el joven adolescente logró incrustarse en aquella masa de talento y sensibilidad, olorosa a cigarro y alcohol. Se detuvo y observó un sinfín de mesas, repisas y pedestales que sostenían una gran variedad de objetos cotidianos y extraños que por estar allí en esa intemperie, expuestos a los ojos diletantes de todos, a Esteban le parecieron poderosamente atractivos.

“Silla decimonónica”, “Carro de la Barbie”, “La mano izquierda de Napoleón”, “*I ♥ my west colt*”, “Libertad de los riñones”, “Autorretrato”, “Cristo y María Magdalena en una góndola” y “Cuerda”, eran algunos de los títulos de las obras de arte en la exposición. Sin embargo, una caja de zapatos con una numerosa afluencia alrededor fue lo que más atrajo la atención de Esteban.

Allí estaba la caja, tan vacía, tan bella, tan estéticamente perfecta, tan obra de arte. En el pedestal estilo grecorromano que la sostenía estaba pegado este letrero:

TOKONOMA

PRIMER LUGAR

La patineta escapó de las manos del joven y cayó al suelo, tomó una pendiente, esquivó a un artista multidisciplinario que llegaba tarde a la cita y arribó a la calle. Allí, un tráiler que pasaba transportando automóviles la trituró.

Esteban quedó maravillado, eso era el arte: una caja de zapatos.

Esteban quedó más maravillado, ése era el artista: un hombre con boina gris, traje gris, gafas grises, zapatos grises, corbata gris, camisa gris, cara gris. Un hombre común, con un diploma de primer lugar en mano, posando para los fotógrafos (también artistas), rodeado de varias muchachas hermosas que lo abrazaban, besaban y veían con gran admiración, y que al bajar del pequeño estrado, tropezaban.

Desde esa tarde, al joven adolescente, le cambió la vida. Y como si la obra ganadora fuera una divinidad, le pidió un deseo: convertirse en un gran artista, en el mejor.

Pero Esteban no tenía inclinación por ninguna disciplina en particular. Así que decidió observar desde su ventana la interacción de los artistas en el café. Los veía ahí, en la terraza, orgullosos e intocables como seres de otro mundo, como una raza superior. Todos los días, pintores, escultores, arquitectos, literatos, músicos, bailarines, cineastas y otra gran variedad de floras y faunas artísticas se daban cita en el lugar. Allí, ante los ojos del mundo y de Esteban, discutían sobre sus obras y bebían. El joven, aspirante a artista, los estudiaba desde la ventana. Miraba sus alardes, sus rostros carcomidos por la inspiración, sus manos santificadas, sus dientes amarillos y deteriorados a causa del vino, el tabaco y el café.

Transcurrió el tiempo y los artistas seguían allí.

Esteban pasaba frente a ellos y nadie notaba su presencia. Reían y reían, y él lo hacía con ellos, en silencio. Era como tomar tragos de una copa ajena; no obstante, por tanto frecuentar invisiblemente las reuniones, la admiración que Esteban sentía por los artistas disminuyó. Esto lo comparó con lo que le sucedió después de conocer el mar. Al principio fue la emoción de ver por primera vez el océano, pero luego de frecuentarlo en innumerables ocasiones, perdió el interés en él. Entonces concluyó que todo buen artista, para mantenerse vigente en el tiempo debe permanecer anónimo. Él anhelaba ser un gran artista, uno solo, tener toda la gloria, y lo consiguió: se graduó en una escuela de artes de gran prestigio y al recibir su certificación se propuso darle rienda suelta a la expresión.

De súbito algo sucedió: uno por uno los artistas dejaron de asistir al Café Palestra. Esteban lo notaba, lo sabía. Diariamente se anunciaba el deceso de cada uno de ellos. Masacres colectivas, muertes violentas, ingeniosas, originales, estéticamente perfectas. El asesino no dejaba margen de error y así, la terraza del café quedó completamente vacía.

Ahora se puede ver a Esteban sentado allí. Todo un artista. Ocupando el vacío. Toma sorbos al café, fuma sin cesar, lleva consigo la caja de zapatos: El Tokonoma, y sonríe mientras mira muchachas tropezar.

LA MANZANA DE BLANCANIEVES

Dicen que las manzanas son malditas. Malditas, porque ostentan el color de la sangre, porque llevan en su cáscara el eco tóxico del mundo, en su sabor la dulce, la dulcísima felonía de la vida. Existen manzanas que incurrieron más allá de la anécdota, míticas: la de Adán y Eva, la de Isaac Newton, la de Eris, etcétera. Todas ellas, a su manera, modificaron el destino de algún personaje, incluso el del mundo; cada una apareció —por azar o predestinación— en un plano histórico distinto. Unas representan la discordia, otras la desgracia; sin duda las manzanas son portadoras de una enigmática energía, de una maldición.

*

Despiertas. Es la mañana de un domingo. Te gustan los domingos porque siempre haces lo mismo, al menos desde que te casaste con Estela, en la playa, un domingo. Tu rutina es despertar, preparar el café, leer el periódico, llenar crucigramas, desayunar fuera, ir al parque de béisbol a ver jugar a tu hijo, visitar a tu madre, comer con ella, ir al cine, y regresar a casa a ver televisión hasta que Estela

te diga que tiene ganas o sueño. Y así inicia esta mañana. Te levantas de la cama, escuchas el ruido del agua cayendo de la regadera (Estela se baña), te diriges a la cocina, preparas un café cargado, le das un beso en la mejilla a Ernestito mientras éste mira “Bob Esponja”, abres la puerta principal y descubres en el suelo que el periódico se encuentra tendido de una manera muy peculiar: parece una pequeña carpa, como si debajo hubiera un bulto, una piedra, cualquier cosa; y en efecto, levantas el periódico y al ver lo que hay en el tapete de “Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE” estrujas con fuerza la publicación y te llevas las manos al rostro.

*

El día anterior, despertaste en una cama dura, en un hotel sucio y descuidado, en otra ciudad. Tus manos aún tenían algunas manchas de sangre y tu reloj había detenido el curso de sus manecillas. Te diste un baño. Mientras te bañabas uno de tus tres teléfonos celulares sonó. No pudiste contestar. Al ver cuál teléfono había timbrado supiste que tenías que esperar. Nunca te ha gustado esperar. Tienes prohibido marcar, tú sólo recibes llamadas y ya. Transcurrieron tres horas y pediste servicio a la habitación. Del desayuno sólo probaste el postre. Fumaste la mitad de los cigarros de la cajetilla, te bañaste de nuevo porque en el hotel no funcionaba el aire acondicionado y hasta tuviste tiempo para mirar una película de Cantinflas. El silencio del celular, al que no dejabas de ver, te inquietaba. Los minutos transcurrían. Y entonces, fumando un cigarro, rompiste dos reglas cruciales en la logística de tu encomienda: salir a la calle y marcar al nú-

mero prohibido. Pensaste que eso no afectaría, que marcar desde un teléfono público no alteraría el orden de los factores. No contestaron tu llamada. Luego entraste de nuevo a tu habitación. Ya dentro, timbró el celular. La voz detrás del auricular te dio una mala noticia: el fuego que debías apagar aún seguía vivo.

*

Román Gallardo es muy blanco. Pelo negro, un poco largo, piel muy blanca, muy parecido a la Blancanieves dibujada por los caricaturistas de Disney. Por eso el apodo. Enamorado de su leyenda, Román Gallardo decidió estilizar sus ajustes de cuentas dejando una manzana en la puerta de cada destinado a la ejecución. Quien recibía semejante obsequio se sabía eliminado tarde o temprano. Huyera adonde huyera aparecía asesinado sin remedio. No había indulgencia ni reclamo.

Al ver la manzana en la puerta este domingo, tú, Ernesto, sientes un alud de tierra venirse sobre toda tu casa. Te sabes hombre muerto. Entonces, tú, el muerto, cambias tu plan dominguero.

—Estela, dime que tú pusiste esa manzana ahí.

—No, yo no la puse. Recógela.

—Netito, mi'jo, dime que tú no dejaste esa manzana ahí.

—No, apá, yo no la puse ahí. ¿La lavo?

Un tanto exasperado, sin parpadear, corres a tu habitación, levantas el colchón y tomas tu escuadra.

—Vámonos. Rápido. En el camino te explico, amor.

Estela, que plancha su vestido favorito, mira una versión que nunca ha visto de tu rostro y presente que algo grave sucede.

Llegan a un hotel. Allí, tú, el muerto, le confiesas la mitad de tus fechorías a tu esposa. Detalle tras detalle. La vida nunca ha sido tan valiosa para ti, el muerto. El rostro de Estela es como el de una estatua esculpida por un principiante. El de Ernestito como el de un niño que mira un helicóptero en el cielo. Estela, con Ernestito, toma un taxi al aeropuerto para irse a Guadalajara, jurándose abandonarte para siempre.

*

Ayer sábado saliste del hotel. No podías creer que tú, con tu experiencia y adiestramiento en el acto de asesinar hubieras fallado. Eso jamás te sucedió. Y como en el historial de tu trabajo no figuraba el error, no concebiste una segunda alternativa, no tenías un plan B. Eras certero, efectivo como la muerte misma. Confiando en tu capacidad de reacción te dirigiste a terminar la obra inconclusa, esperando que el celular no volviera a sonar. Tenías que improvisar, salir a la calle a buscar la senda correcta, a dispararle a alguien que nunca te dañó, para salir ileso. Recordaste la vez que conociste a Román Gallardo, para quien trabajabas hacía un par de años. Lo conociste una noche en un antro de mala muerte. Román Gallardo había salido sin protección, porque quería estar solo, sentirse como antes, cuando era pobre; pero cometió un error. Dos tipos lo golpearon brutal y alevosamente por haber pellizcado las nalgas de una mujer. Román se defendió; sin embargo, era tan terrible la golpiza que ninguno de

los presentes tuvo el valor de interrumpir la reyerta. Ninguno de los dos tipos sabía a quién golpeaban. A ti, que también bebías solo en la barra, y estabas ahí porque también habías salido a despejarte, algunas veces te había sucedido lo mismo: verte en desventaja. Y por eso, en tu instinto de protección, interviniste asestándole un botellazo en la cabeza a cada monigote. Tú y Román huyeron. Obedeciendo su petición lo dejaste en una esquina cualquiera. Al otro día, un desconocido te abordó y te entregó un fajo de billetes: treinta mil pesos; y la noticia, en el periódico, de que dos hombres de identidad desconocida habían aparecido calcinados frente a una preparatoria. Blancanieves te tomó aprecio y te empleó, y como el trabajo de policía no te redituaba lo necesario económicamente, aceptaste.

Todo esto, ayer sábado, te produjo una sensación de alivio porque por un momento pensaste en la posible indulgencia por parte de Blancanieves. Pero no. Recordaste que él mismo alguna vez había ejecutado a su hermano por una diferencia de intereses, y por eso aceleraste el paso. Al llegar al hospital en el que habían internado al periodista Pedro Velázquez, “Pedrín”, descubriste que alguien ya se te había adelantado terminando tu trabajo. Por eso te fuiste a casa, cansado, turbado, desconfiando de tu tranquilidad. Esa noche no buscaste a Román para darle una explicación, no lo llamaste, y en casa disimulaste bien tu fracaso atroz. Apagaste y escondiste el celular que no debía de sonar y te fuiste a la cama con una extraña sensación de picazón y ardor en la nuca, con una inusitada incertidumbre con la que apenas pudiste dormir.

*

Ya es lunes por la mañana y no has muerto. Estás acostado en una cama de hotel y Estela no te ha respondido las llamadas. No has dormido. Sabes que ellos, tus camaradas, están cerca. Ya no son más tus camaradas, y eres consciente de eso, es trabajo. Tienes que ir a trabajar, presentarte con el comandante, pero no, es muy riesgoso. No salir a la calle ahora es tu regla, te lo prohíbes. Sin embargo, la idea cambia cuando escuchas que alguien del hotel toca la puerta. Desconfiado preguntas quién es y te responde que es un camarero. Abres la puerta con tus dedos en la pistola. Él te da los buenos días y te obsequia una manzana y un periódico. Lo despides con un portazo. Ahora no es incertidumbre, es certeza: ya saben dónde estás y no tienes escapatoria. Tomas tu pistola y al verla, sabes que no será suficiente. En un fatídico momento lees el encabezado y descubres con horror que una mujer de nombre Estela Aguirre y su hijo fueron ejecutados justo en las entradas del aeropuerto de la ciudad. El mundo se cae en pedazos, así lo sientes. Tu vista se nubla, tu corazón enloquece, tu cuerpo expele todos los líquidos posibles y una bala abre una flor de sangre en tu sien izquierda.

*

El joven del hotel mira tu cadáver y piensa en lo perturbador y emocionante que es eso. Con una parsimonia poco decorosa para la situación toma el periódico y lee la noticia principal:

Ejecutan a una mujer y su hijo.

Los dos responsables y su líder, Román Gallardo, alias “Blancanieves”, un traficante de bajo perfil, fueron abatidos por elementos del ejército al salir de una bodega cercana al aeropuerto. Al cierre de la edición se desconoce el móvil de la ejecución de la madre y el niño.

Después de leer esto, el joven decide hablar a la policía y le da un mordisco a la manzana.

GALATEA

Anoche llegué a Tijuana y antes de que un taxista o un vendedor de golosinas me abordara, lo hizo un tipo muy de camisa a cuadros, pantalones flojos y cabello hirsuto mostrándome una pistola. Mi primera impresión fue que estaba siendo víctima de un atraco, pero al ver que el hombre actuaba con cierto disimulo, entendí la situación. “La necesitarás, llévatela”, me la ofreció gesticulando de forma incomprensible y supuse que él ya la había “necesitado”. Rechacé su oferta tres veces y apresuré el paso hacia el sitio de taxis.

Me mudé a Tijuana desde ayer, viernes, porque no pude soportar todos los pesos de mi angustia, porque preferí huir que permanecer en esa ciudad de playa en la que hasta el aire me lastimaba. Lo primero que hice, después de bajarme del taxi, fue visitar un bar en el que ya había estado alguna vez. “En esta ciudad suceden las cosas más terribles y las más hermosas, mi amor”, me escupió al oído “La Siete Culos”, una señora de formas protuberantes y febril cadencia que se acercó a mí y me estuvo recitando poemas eróticos hasta las dos de la mañana, con tal de que yo le siguiera patrocinando alcohol.

Así, un tanto atolondrado, me vine a hospedar al hotel St. Francis.

El departamento que alquilaré está ubicado cerca de la avenida Revolución. La mudanza me hará bien, siempre es bueno cambiar de aires, de paredes, de paisajes. Mi amigo francés, Jean-Marie, me dijo que en los bares de la calle Primera olvidó a María Antonieta: la mujer de su vida; y conoció a Beatriz: la mujer de su muerte. Yo me mudé a Tijuana para olvidar a Galatea.

El rentero me tiene reservado el departamento para el martes, ahora tengo que esperar un par de días más en el hotel. La espera es una condición humana vitalicia. Siempre esperamos, siempre. Una llamada, una mala noticia, un autobús, un amor de la vida o de la muerte, una traición de quien amamos, una fecha, un suceso revolucionario, una catástrofe o un fin.

A mí arribaron casi todos los anteriores en un solo día.

Galatea era una verdadera muñeca y estaba muy enamorada de mí. Ella me esperaba en el mismo lugar, en silencio, con el mismo semblante, con la misma parcialidad del que ama. Aunque, siempre supe que la perdería. Ahora puedo constatar ese presentimiento; sin embargo, su mínimo recuerdo a veces me marea, me exaspera, me hace arrepentirme de cada tontería que dije o hice. La conocí en un centro comercial. Vestía falda escolar a cuadros y traía puesto un camisón blanco con una estrecha y sugerente abertura por la que se asomaban sus dos senos incipientes, surreales. En el sitio en el que la encontré la gente siempre te mira a los ojos. Todo mundo busca y encuentra algo. El tipo que atiende sonríe de una manera muy extraña a los clientes, como si no quisiera hacerlo.

En ese local yo buscaba pornografía asiática y mientras hurgaba entre los estantes miré a Galatea, ahí estaba por primera vez ante mis ojos la mujer de mis sueños. Me agazapé un poco para verla sin que ella se percatara y así me sorprendí de su belleza casi imposible, de su casi perfección.

Alguien pasó detrás de mí y me hizo levantarme. En ese momento Galatea advirtió mi presencia y me miró directo a los ojos. Me ocurrió lo mismo que le sucede a uno cuando observa detenidamente una mirada en un retrato y los ojos lo siguen a uno adonde vaya. Qué hermosa mujer, pensé. Tan misteriosa, tan llena de silencios, tan anormal. Me le acerqué tímidamente e intenté decirle algo al oído pero el hombre que atendía me interrumpió diciendo que ya estaba por cerrar. Galatea me miró y hasta creo que me sonrió. Le confesé que era la mujer más hermosa que mis ojos habían visto y ella, quizás un poco nerviosa o azorada, me regaló su silencio. Le mencioné mi nombre y ella sólo me miró con más confusión. Al salir le pregunté en secreto al encargado cuál era el nombre de la mujer de labios rojos y carnosos y él me respondió que no lo sabía, pero que si era de mi interés, ella siempre andaba por ahí. Esa noche me fui a dormir pensando en el cuerpo delgado y bien formado de aquella chica y en la posibilidad, no tan descabellada, de volverla a ver.

Al otro día volví al puesto y no la vi. Visité el lugar tres días seguidos y no la volví a ver. Qué mala suerte, pensé; no obstante, le confié las esperanzas de verla, precisamente a la suerte. Una tarde, al regresar de la oficina en la que trabajaba, visité a Edgar, mi mejor amigo.

Abrimos un par de cervezas y platicamos sobre extraterrestres, deportes y la violencia en el país. De pronto me dieron ganas de orinar. Fui al baño y al regresar a la sala pasé por la habitación de Edgar. La puerta estaba entreabierta y de forma casi involuntaria descubrí a Galatea acostada en la cama de mi amigo, viendo la televisión. Nos miramos fijamente. No dije nada, ella tampoco. Sentí algo que aún no identifico. Le hice un guiño como advirtiéndole: “no sabes con quién te metiste”, y ella me hizo otro como diciendo: “yo quiero estar contigo”.

—Oye, Edgar ¿qué onda con la chica que está en tu cuarto?

—¿Ya se conocieron? Se llama Galatea, es algo así como mi niña cósmica —dijo Edgar con un tono burlesco, restándole la importancia que se merece una mujer como ésa.

—Pues está rebuena —sentenció sin confesarle que ya la había visto antes.

Edgar sonrió como lo hace alguien que sabe que tiene un objetopreciado en su poder y me confesó sin piedad: no es muy buena. Es como un robot. Aparte, no me lo dice, pero creo que ya ha tenido muchos amantes.

Pensé mucho en las palabras de Edgar y le pedí que me presentara a Galatea. Parecía que tenían una relación más que abierta porque en cuanto le mencioné que me interesaba su amiga, él no dudó en presentármela. No había problema, tiempo atrás, en nuestra época universitaria, ya habíamos coincidido con algunos amoríos.

La saludé de beso. Ella, con su silencio acostumbrado, sólo me miró a los ojos. Los dejó solos —dijo Edgar— y empecé con las artimañas de conquista que había apren-

dido de mi padre. En pocos minutos la muchacha, que vestía uniforme colegial, accedió a mis encantos. Nos besamos. Le pregunté que si no le importaba Edgar y ella me contestó que no con un gesto adusto. La invité a mi casa. Al salir, Edgar me susurró algo que no comprendí y sólo asentí de forma automática. Galatea y yo caminamos un rato tomados de la mano, llegamos a mi departamento e hicimos el amor un par de veces. Pensé en que mi amigo estaba equivocado respecto al desempeño sexual de Galatea. Ella era realmente una máquina.

Nuestros encuentros se volvieron cotidianos, delirantes, podría decir que los momentos con ella eran una falsa pero dulce muerte, algo ajeno al mundo real. Ana, una amiga con la que salía los fines de semana, empezó a sospechar de mí al notar que mis caricias no tenían el punch de otras ocasiones y mis erecciones no eran tan vigorosas y prolongadas como de costumbre. Tienes otra, ¿verdad? —me preguntaba. Yo siempre respondía que sí y no me creía, hasta una madrugada en la que entró a mi casa sin avisar, a las tres de la mañana, ebria y olorosa a perfume de hombre y me despertó exigiendo un huracán. Al verme acostado y sin reacción comenzó a desnudarse y cuando se iba a meter debajo de mis sábanas descubrió el cuerpo de Galatea a un costado del mío.

—Eres un idiota —profirió su alarido y se marchó. Galatea no se enteró de nada porque era como una tumba al dormir.

Ahora que camino por estas calles repletas de bares y tugurios, de cholos y prostitutas, miro a todas las mujeres con las que me cruzo y pienso en sus vidas. En sus pensamientos. A cada una le falta algo. Ninguna es

casi perfecta como Galatea. Todas piden algo a cambio. No son incondicionales. Y hablan, siempre hablan. Creo que nunca seré completamente feliz con una mujer. Creo que el amor ya agotó todas sus posibilidades en mí. Sí, siempre nos falta algo, nunca estamos completos. Somos como manzanas envenenadas y mordidas.

Todo iba bien. Galatea y yo éramos felices. Caminábamos por avenidas y callejones y yo me erguía de orgullo. La gente nos miraba pasar y quedaba impresionada por el amor que irradiábamos. Se oían murmullos, gritos y hasta chiflidos. Éramos la pareja ideal. Incluso puedo aceptar que eso alimentaba mi ego. Por eso no la puedo olvidar. Y tampoco puedo olvidar la tarde en la que me decepcionó. Yo me dirigía del trabajo a mi casa. Emocionado le llevaba un lápiz labial y una tanga negra de encaje. Tenía prisa por vérsela puesta y quitársela. Me bajé del taxi pensando en su cuerpo, en sus besos, en su amor incondicional. Caminé una cuadra, encendí un cigarro, le di cinco pesos a un mendigo, compré una botella de vino tinto y llegué a casa.

Galatea brillaba por su ausencia. Pensé que era una broma y que se había escondido. La busqué debajo de la cama, en el ropero, en el cuarto de lavado, en la cocina y hasta imaginé lo peor cuando la busqué en la tina; pero no estaba. Empecé a temblar, abrí la botella y le di dos larguísimos tragos. Salí a comprar cigarros. Sabía que esa noche sería muy larga. Incluso volví a darle dinero al mendigo. Regresé triste a casa. En el camino recordé que Jorge, un compañero de la oficina, me debía 500 pesos y lo visité. Toqué a su puerta y no me contestó. Le marqué al celular y no obtuve respuesta. Y en el momento en que

me resigné a no recuperar el dinero me asomé a través de las cortinas de la ventana y miré que Jorge poseía a Galatea con un frenesí envidiable. No supe qué hacer y me paralicé frente a la ventana, frente a esa imagen que no ha dejado de acuchillarme el corazón. Cuando reaccioné, ya no los vi y me fui a casa deseando ser Jorge. Esa noche quemé la prenda que iba a regalar y con el labial escribí “Galatea” en el retrete.

Hoy me instalé en mi nuevo departamento. El lugar es muy silencioso, en eso se parece a Galatea. Sin embargo, dentro de él, siento la presión del aire, me asfixia; incluso, si abro las ventanas, siento una pesadez sofocante en el pecho. El rentero, un tipo mal encarado, me dio la llave del departamento número 4, pero no la del portón. Me la prometió para mañana miércoles. Apuntó que los vecinos son “especiales”. No entendí la frase entrecomillada.

Ahora le realizo algunas modificaciones a mi currículum acompañado de una cajetilla de cigarros y de dos cervezas. Fumo a pesar de la falta de aire. Debo encontrar trabajo. Es difícil presionar las teclas de la computadora cuando cada una de ellas me recuerda a Galatea. Es complicado hablar bien de mí en un texto cuando lo único que puedo decir es que estoy destrozado, y que de verdad, aquí el aire es denso. Pienso en las cartas o poemas que nunca le escribí a Galatea. Quiero otra cerveza, pero el portón está cerrado. No tengo llave. Seguro el vecino del 5 la tiene. Se la pediré prestada.

Toco su puerta. La última vez que toqué la puerta de un hombre fue como si me hubieran dado una patada en los testículos.

El vecino no responde. El fantasma de la infidelidad de Galatea hace que yo sienta una araña en mi pecho. Impulsado por una fuerza sospechosa y con una suspicacia incomprensible me asomo por la ventana como aquella tarde y encuentro lo inenarrable, lo increíble: el vecino, un enano como de un metro de estatura, penetra a Galatea como quien penetra a la mujer de su vida. No puede ser. No puedo creer esto. Sí, es ella. La misma boca, los mismos ojos, la misma ropa interior. En este momento recuerdo la pistola que le compré al hombre de los pantalones flojos en la central camionera. Esa noche me bajé del taxi en el primer kilómetro recorrido y regresé a buscarlo. Sí, se la compré. Porque era una gamba, calibre 22, achocolatada, compacta, como si la hubieran hecho para mis manos que sólo quieren acariciar. Sabía, que en una ciudad como ésta, “la necesitaría”.

Y voy por ella a mi departamento.

Regreso a la casa del vecino y tumbo la puerta con una patada. Jamás imaginé que yo podría tumbar una puerta. Los veo a los dos desnudos, incrédulos por mi presencia visiblemente desconocida. Me dirijo hacia ella y el enano huye despavorido de su propio departamento. Al estar frente a Galatea y no recibir respuesta de ninguna de las preguntas que le hago, aprieto el gatillo y disparo la única bala que contiene el arma. Al mismo tiempo que mis lágrimas salen de mis ojos, un aire denso escapa del pecho de la bella, inaudita y silenciosa Galatea, que con sus ojos fijos parece decirme su último y mentiroso silencio, y así, se desinfla poco a poco.

YA NO QUIERO TENER MI MANO IZQUIERDA

¿A qué se debía? No sé, aún no lo sé. La idea me torturaba. ¿Una obsesión? No creo, no situaría en ese nivel lo que sentía. Para mí era una ilusión, una manera de realizarme como ser humano. Entre los escombros de mi memoria sólo encontré conjeturas, nunca certidumbres. La versión más fiel, así lo quiero creer, pudo provenir de una nochebuena, hace muchos años, cuando a mi primo Pablo le explotó un cohete en la mano izquierda. La sangre le escurría como si su mano fuera una toma de agua y su dedo índice colgaba igual a una gota de agua a punto de desprenderse. Le tuvieron que amputar la mano y eso me pareció excitante. Mi primo lloró mucho, de dolor; yo también lloré porque concluí: quiero ser como Pablo, tampoco quiero tener mi mano izquierda.

Esta anécdota es la que considero más fiel al motivo, al punto de partida. Porque a partir de ese año mi comportamiento y forma de ver la vida cambiaron. Incluso bromeaba con eso. En la casa y en la escuela introducía mi mano izquierda entre las mangas de mis camisas o suéteres y así discurría de la sala al comedor, del baño al cuarto de televisión, de mi salón de clases al patio cen-

tral y me sentía, cómo decirlo, diferente, poderoso, sin mi zurda a la vista. Mi madre siempre me castigaba golpeando mi mano con una regla, porque creía que yo me burlaba de la condición de mi primo. Ella no sabía que cada reglazo era para mí como una caricia. Incluso dejé de escribir con la zurda para garabatear palabras con la diestra. Por las noches me pasaba horas enteras mirándola, veía sus dedos largos, sus uñas limpias, su palidez intacta. Luego miraba mi muñeca y pensaba en lo fácil que sería tomar un cuchillo y hacer el corte, pero pensaba en eso de las venas, la hemorragia y la muerte y me parecía algo siniestro. Algunas veces intenté “accidentes” para cortármela; sin embargo, nunca logré cristalizar mis intenciones; siempre me detenía algo: un vecino, un familiar, la prisa, el miedo, la influencia punitiva de lo normal. No obstante, mi mano izquierda me hablaba. Me decía: “hey, soy tu mano izquierda, dame la muerte”. Ni para escribir, ni para golpear, ni para masturbarme la utilizaba. Era inservible, ¿para qué la quería? Dicen que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, pero yo no quería ser así de perfecto, yo no quería tener mi mano izquierda.

Una tarde, en un accidente de auto, murió Pablo, mi primo. Este suceso me afectó de una manera extraña. Su muerte fue como la de un rey cuyo trono había que ocupar. Ha muerto el hombre sin mano izquierda; viva el hombre sin mano izquierda, deliberaba. Supongo que eso me hacía estar solo en el mundo. Pensaba que en otros lugares del mundo había algún ser humano con la misma ilusión, pero como no tenía certeza de ello no me convencía. Lo normal, para una persona, es tener todas

sus extremidades completas; lo normal para mí era no tener la mano izquierda. Y así crecí. Nunca externé mi sentir a nadie por temor a ser víctima de burlas, represalias o discriminación.

Con el tiempo, me gradué como contador en la universidad, me casé con Camila, la mujer más bella del mundo, me convertí en padre de dos hijos perfectos y mi vida tomó el rumbo que mi madre quería. Socialmente yo era un individuo normal. Todo era lineal, todo era como un cuento de hadas, un cuento en el que me sentía el villano por desear verme al espejo y realizarme ante el reflejo como una persona incompleta, completamente feliz. Cada vez que partía un trozo de carne o pasteles o limones, pensaba en la irresistible distancia que separaba mi mano del filo del cuchillo y en lo sencillo que podría resultar asestar el golpe y dejar que la zurda cayera al suelo, sangrante y fresca, ondulando en el aire como un pescado que acaba de morder el anzuelo. Y no, esto no tenía relación alguna con el masoquismo, ni con esos síndromes raros en los que una persona no se siente bien con alguna parte de su cuerpo. Para mí, la idea, era un paréntesis personal, una incomodidad, algo que me excluía de la sociedad y por eso un oscuro secreto. Yo no era feliz.

Sin embargo, me liberé una noche en una cena de negocios. Mi jefe, quién me daría un ascenso, pagó todo. Él mismo cocinó dos lechones jugosos y exquisitos que reinaron en la mesa donde nos reunimos su familia, las de otros dos socios y la mía. Al momento de dar gracias expresé un discurso digno de cualquier político y me sugirieron repartir las porciones. Al tomar el cuchillo miré

la carne y sentí un remolino en mi estómago que aceleró los latidos de mi corazón. Apreté el mango, levanté la vista y todos me miraban. Introduje el filo en el lechón y partí una de sus piernas. Una vez cortada la parte, seguí cercenando al animal hasta llegar al vidrio del recipiente que lo contenía. Y lo hice sin detenerme, con una ansiedad por cortar que me hizo babear. Todos miraron mi baba caer en la mesa. Todos escucharon el aturdidor sonido del filo restregándose en el cristal. Camila se levantó de su silla y me tomó las manos con una sutilidad que podría ser la mejor improvisación actoral en una obra de teatro, me alejé del lechón y así, el acto pasó desapercibido. Pero antes de dormirnos esa noche, mi esposa me hizo confesarle mi ilusión de no tener la mano izquierda. Me dio el beso de las buenas noches y tomó mi confesión como una conversación de ebrio. A la mañana siguiente me sugirió que acudiera con un especialista y así lo hice.

Visité neurólogos, psiquiatras, psicólogos, buscando una solución a mi problema. Así lo nombró Camila, mi “problema”. Cada especialista intentó, a su manera, diagnosticarme, bautizar mi situación, pero ninguno me convenció. Yo no estaba enfermo, ni loco, ni traumatado, al menos así lo asimilaba. De verdad tenía la ilusión de no tener mi mano izquierda como se tiene la ilusión de ser millonario o de ser campeón en algún abierto de tenis o de conquistar a la chica más bella del barrio.

De esta manera, y decepcionado por los diagnósticos de la medicina, logré contactar a personas de diferentes partes del mundo con las mismas intenciones que yo. Algunos no deseaban tener sus dedos pulgares, otros sus piernas, otros sus narices puntiagudas y afiladas. Con-

fieso que esta interacción me produjo cierto bienestar porque pertenecía a un grupo con las mismas afinidades y me sentía aceptado; pero yo quería algo diferente, especial, y esto me otorgaba cierta individualidad. Lo mío, creo, no era una cuestión estética, ni me perseguía una culpa, ni nada; lo mío era simple: yo no quería tener mi mano izquierda para ser feliz.

Mis noches se volvieron cada vez más prolongadas. Mis sueños eran siempre sobre la misma escena. Mi vida sexual empezó a decaer porque ya no quería utilizar mi mano izquierda. Empecé a olvidarla para su uso práctico, pero nunca salió de mi mente. Su presencia me aturdí, me agotaba. Sentía que tenerla, verla o realizar un mínimo movimiento con ella era algo que me disminuía. Ya no soportaba tener mi zurda, ya no me soportaba a mí mismo con esa extremidad.

Entonces decidí amputarme la mano izquierda en un consultorio clandestino. Todo fue un éxito. Al salir del lugar donde me hice la operación, la primera imagen que vi fue la de Camila esperándome en el auto. Una lágrima escapó por debajo de sus lentes oscuros y luego me dio un abrazo extraño que incluyó el tomarme la mano derecha y un beso en la mejilla. Nos dirigimos a casa y mientras ella manejaba me preguntó:

¿Cómo te sientes ahora?

Feliz, completamente feliz –respondí y le acaricié la mejilla derecha con el muñón izquierdo.

EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

Dice mi padre que en ese árbol lloró Hernán Cortés. Mentira: no fue en ese árbol, todos lo sabemos. El ahuehuate en el que la historia dicta que lloró el conquistador de México se encuentra en otro sitio. Ni siquiera sé si aún existe. Quién lloró allí no fue Cortés sino una muchacha a la que corrieron de su casa por drogadicta y por quedar embarazada de su *dealer*. Pero mi padre así lo quiere creer, y lo cree desde que el tipo que les rentó el departamento, a él y a mi madre, que en paz descanse, le agregó ese valor al inmueble: ahí lloró Hernán Cortés. Bueno, cada quien su locura. A partir de su jubilación, mi padre no ha hecho más que pintar cuadros y causarnos molestias absurdas. Después de la muerte de mi madre, no ha hecho más que anunciar la suya cada día. También cuenta historias muy raras; yo creo que cuenta sus sueños. Aun así lo quiero, es mi padre. Pero de creer en extraterrestres a creer que en ese árbol lloró Cortés, prefiero creer en los ovnis. Lo ha regado, lo ha custodiado con el celo de un perro. En Navidad lo ha adornado con luces y esferas multicolores. Esa obsesión por el árbol lo ha llevado al desquicio. Le voy a regalar un bonsái y le

diré que lloré frente a él, a ver si así le da más importancia y se olvida del de la noche triste. Imagino que ha cultivado esa creencia porque quiere añadirle un plus al plano de su historia, un referente de verdadera importancia histórica, una distinción sobresaliente a su aburrida vida. Yo lo dejo ser, es un viejo; además no me afecta. Al fin y al cabo todos somos víctimas de nuestros propios mitos.

*

Esta vez no busco el sitio adecuado ni el paisaje perfecto. En esta ocasión necesito obedecer resueltamente a mi instinto, y a juzgar por la naturaleza de mi proyecto, a su exigencia, he decidido permanecer aquí en mi habitación, a medio metro de la ventana que da a la calle principal de la colonia, para que el mundo me regale sus migajas. De ninguna manera quiero desarrollar, éste, mi último trabajo, pensando en que, en efecto, lo es. No quiero ese tipo de drama. Mi deseo es establecer un vínculo personal que resucite lo muerto, lo pasado, lo oculto en mi memoria y convenga en participar con esto que soy ahora, con éste que soy ahora, con este enfermo y casi al borde de la tumba, con este cuerpo endeble parecido a un costal lleno de trozos de madera, con estas arrugas, con esta naturaleza casi muerta. El aquí y el ahora resumen mi vida, mi espera. Mis cuadros me miran. Siento que saben que me iré y no volveré. Yo los observo y recuerdo la hora exacta en que los terminé de pintar. Nunca los puse en venta, es lo único que tienen en común; además de que parece que quieren huir, desalojar mis paredes. Todos los días se caen, y ahí estoy yo para volverlos a colocar en su sitio como si fueran piezas

de un rompecabezas que nunca terminé. Son mis hijos, yo los creé. Y se parecen a Cristina, mi hija, cada que empiezo a mascullar algo, a recordar, a mostrar álbumes, a decir “tengo ganas de platicar” o “pásame un vaso con agua”, se despide, cierra la puerta y se va. Pero vuelve, por eso la semejanza. La enfermedad me cuesta. El cáncer es un genocida silencioso. Mis cabellos han caído como peces en una cascada; me pesan las piernas; mis dedos no responden; mis dientes ya no detienen las palabras que antes, sensatamente, detenían. Quizás por eso, también mis amigos se fueron. No tengo un propósito especial con este cuadro, sólo, como dije, estrechar mis tiempos, mi ayer, mi ahora y el mañana, que no hay otra, sé cuál es. Pero no sé qué pintar.

*

La semana pasada lo visité y le llevé a Ponchito, mi hijo, su nieto. El niño es muy travieso, extrovertido y sonriente, pero le teme a los cuadros de mi padre. A veces los mira fijamente tratando de entender cada trazo, pero siempre regresa a mí con ganas de volver a casa. Cuando mi mamá vivía las visitas eran menos tensas. Ella preparaba viandas y corría de la cocina al comedor, del jardín a la sala, de su recámara al recibidor con antojitos y bebidas para todos, y todavía se daba tiempo para atender los caprichos de mi padre que, la mayoría de las veces, rayaban en lo ridículo. Ella es la mujer de mi vida; Ponchito, el hombre de mi vida. Para que mi padre arañara ese título debió haber sido medianamente un buen padre. Por ejemplo, en mi séptimo cumpleaños, hizo una gran fiesta, pero en ella él fue el protagonista porque dos días

después era el día de su santo y aprovechó para matar su pájaro de un tiro. No hubo niños, ni piñatas, ni payasos, y todos los regalos fueron para él. Cuando cumplí diecinueve, perdí mi virginidad con Gonzalo, el hijo de su jefe, y él se alegró y consagró al muchacho como todo un hombre, como si fuera su propio hijo. El día que Alfonso, mi ex esposo, me dejó, me dijo que organizaría una fiesta para festejar, que ése no era el hombre de mi vida. Yo tengo mis problemas y por eso le mentí al decirle que Alfonso me había dejado por otra. Pero no era motivo para que me dijera eso. Alfonso es el padre de mi hijo y la culpa de su abandono la tengo yo por ser como soy.

*

Podría sentarme frente al espejo y reproducir mi realidad tal y como me la presenta el reflejo, así uniría el pasado y el presente; mis arrugas significarían los caminos que recorrí, mis anteojos la cansada satisfacción de lo visto, mi manchas en la frente las sensaciones, mi lengua áspera y rosada la decadencia de mis palabras. Podría pintar la sobriedad e insensibilidad de un cuervo, la arrogancia y fortaleza de un león africano, la elegante piel de un jaguar o simplemente mi cara sonriente. Para pintar un autorretrato es necesario ser sincero. ¿Cómo he sido? Matilde me quiso hasta su muerte, mi hija y mi nieto me adoran, aunque Cristina es medio delicada veo en sus ojos su cariño por mí. ¿Qué decir de mí? Viajé por cuatro continentes, sé cantar y pintar muy bien, le estreché la mano a Octavio Paz, sobreviví a terremotos, a un accidente aéreo, a una bala perdida, ya no me gusta el alcohol. Soy hipocondríaco, tenaz, orgulloso. ¿Qué puedo

expresar de mí en una pintura? Este cuadro debe dejar testimonio de lo que fui. ¿Me pintaré sonriente? ¿Triste? ¿Enojado? ¿Pintaré un desnudo? ¿Crucificado? Ahora siento que la historia de mi vida se ha ido manchando en cada lienzo, en cada pincelada, en el equilibrio o en el dinamismo de cada composición, en la soltura de los colores, en la luz. ¿Dije luz? Quizás en la sombra...

*

No sé qué ha estado haciendo el viejo, pero está muy concentrado. Ayer, jueves, lo visitamos Ponchito y yo y si me dirigió la palabra fue para decirme que tenía sed. Ponchito pasó la tarde esperando una palabra común y corriente de su parte, pero se tuvo que conformar con devorar toda la nieve que había en el congelador. Yo, por mi lado, al verlo tan ensimismado en un cuadro, tuve que sentarme en el sofá de la sala a leer los periódicos intactos que se habían amontonado en la puerta del jardín. Sin embargo, a pesar del tedio y la monotonía del paisaje, pude cerciorarme de que mi padre tenía en su poder un pedazo de corteza, y como lo conozco, puedo aseverar que ese trozo de madera pertenece al árbol que está frente al departamento, ese mismo al que le ha dado una importancia especial, histórica. No sé qué se trae. Ahora que lo recuerdo, y hablando de referencias históricas, tengo que llevarle a Ponchito el próximo miércoles porque esa noche trabajo en los festejos de la Independencia y no puedo faltar.

*

Siempre me gustaron los sábados, eran el descanso, la parranda o el día con la familia. Sin embargo, en este

que despierto hoy, no tengo ganas de nada. Parece que el sueño que tuve anoche en el que unos pandilleros me despojaban de mis pertenencias y me daban una tunda, hubiera sido algo real. Me duele el cuerpo de los pies a la cabeza. Sobre todo la cabeza. Esta jaqueca no me deja; hoy no tengo humor para pintar. Hacerme el desayuno es casi imposible. Incluso, regar el ahuehuete es una tarea que hoy no puedo realizar. Últimamente lo he visto muy triste, viejo, inútil; cada día me parezco más a él. Ya ni siquiera me puedo mover de esta cama en la que siento que soy un animal herido. Sé que aquí pasaré mis últimos momentos, pero no quiero que sean así, en esta soledad. Lo único que tengo son mis cuadros. Cómo me gustaría entrar en uno de ellos y quedarme en él para siempre. Ellos son las verdaderas ventanas de mi casa, esos paisajes son el verdadero mundo en el que existo. Sé que Matilde me espera en éste, el de la cabecera. La tarde que lo pinté llovía e hicimos el amor como cuando éramos jóvenes. Fue la última vez. Sé que ella me espera tomando el sol en esa playa. Sé que me espera sobre la arena porque siempre adoró al mar. Ya la quisiera ver dibujar nuestros rostros en la arena y verla reír como cuando estaba ebria. Al final esas risas me la quitaron. No, hoy no. Hoy no quiero hacer nada: ni regar el árbol, ni pintar mi autorretrato, ni pensar. Estoy muy, muy cansado.

*

Mi padre no lo sabe, pero debe tres meses de renta. Sigue terco en no vender sus cuadros. Yo no tengo para pagarle la deuda. Y aparte, sus quimioterapias son carísimas: aún

debo dos. Nunca le ha servido de nada pintar tan bien. La pensión tampoco le sirve mucho. Yo no puedo con sus gastos, los de mi hijo y los míos. El viejo se está convirtiendo en un estorbo. Dios me perdone por decir esto, pero es la verdad. A mí me está resultando complicado pagar sus deudas. Trabajar en la policía es muy demandante y poco remunerado. Una como mujer tiene menos chance de agarrar algo. Dicen que el hubiera no existe, pero yo creo que sí. Si mi padre hubiera sido más ambicioso, nos hubiera dado una mejor vida. Sí él hubiera tenido dinero, hubiera pagado la operación de Julio, mi hermano, que en paz descansa. Sí él me hubiera apoyado en mi educación, yo no hubiera terminado arriesgando mi vida todos los días en las calles. El hubiera sí existe; ahora me sirve para juzgar, para recriminar, para pensar que mi padre nunca fue el padre que yo anhelaba. Mi padre es el padre del hubiera.

*

No puede ser. Ayer eran mis achaques, el cáncer, la soledad. Y hoy, esto. Que me maten si es posible. No puedo creer que en este mundo existan estas infamias. Yo no le hago daño a nadie, al contrario, siempre he sido una persona amable con el prójimo, siempre he sido partidario de las buenas causas, he sido un buen ciudadano, un buen esposo y un gran padre. Es inaceptable esta injusticia. ¿Por qué a mí? ¿Por qué? Me han despojado de lo más valioso que tengo, me han herido sin piedad. Siento que me han robado la vida y con esta debilidad, aparentemente definitiva, no puedo hacer nada. Llamaré a mi hija, ella es policía, seguro sabrá resolver esto.

Es muy curioso que el ladrón o los ladrones no hayan dejado huella. Anoche dormí profundamente y no escuché nada. Pareciera que quien se llevó todos mis cuadros tenía estudiados todos mis movimientos. Sabía la hora en que duermo y cómo duermo, la ubicación exacta de los cuadros, y hasta presiento, que sabía el truco que tiene la puerta para poder abrirse. ¿Será la vecina? Ella admira mi trabajo y siempre me ha suplicado que le venda algún cuadro. ¿O será el españolito ése, Jordi, el poeta marihuano? No, no creo, siempre ha pensado que no tengo talento y aparte nunca está los sábados ni los domingos.

*

Tuve que resolver los aprietos económicos de mi padre. Debe mucho dinero y no puedo traerlo aquí a la casa, no podría. Cuando me casé con Alfonso, él y mi madre decidieron regalármela, por eso rentaron ese bonito departamento con todo y el árbol de Hernán Cortés. Al morir mi mamá le insinué que viniera, pero qué bueno que no aceptó, porque luego se vino mi separación y un montón de cosas que ya no quiero recordar. Esta casa es una jaula. Apenas he vendido tres de los veintidós cuadros que tomé. Pero con las llamadas que realicé, no dudo que en un par de semanas ya pueda cubrir todas sus deudas. Lo siento por él, pero no tuve otra opción; esto no me lo perdonaría jamás; ni en su lecho de muerte yo le confesaría algo así. Por eso me hice la sorprendida y le mentí que arreglaré el asunto de inmediato. Tarde o temprano se resignará. Y si quiere cuadros que siga pintando. Que su arte sirva de algo. No quisiera que lo tomara muy a pecho. Finalmente lo hice por su bien. El tratamiento,

las rentas, la despensa y sus instrumentos de pintura, son un gasto que yo no debería tener. Entiendo que los hijos deben agradecer y cuidar a los padres cuando éstos envejecen, pero yo no tengo nada que agradecerle al viejo. Mi madre fue el pilar de la casa. No él. Es a ella, a quien yo debería agradecer. Su partida sólo me heredó angustias, incertidumbres y deudas. El alcohol la mató. Pero yo no culpo al vicio, culpo a mi padre por no haber sido el esposo que ella quería. Por eso ella empezó a tomar. Por eso ella se me fue para siempre. Mi padre es el verdadero culpable. Y creo inteligente que yo tome sus cuadros, los venda y resuelva sus problemas. Yo no pedí nacer de él. Yo no merezco este destino. Yo no soy la villana en esta historia.

*

Hoy, lunes, volví a la vida. Desperté un poco mejor. Me ha costado mucho la quimioterapia. Aún me restan dos sesiones. Hoy pude ir a regar el árbol de Cortés. Ya lo tenía muy abandonado. He coincidido con él sólo desde la ventana. Lo he visto ahí, acomodado en la repisa de este mundo sin memoria. Los perros lo han orinado, los niños han colgado columpios en él, las parejas han escrito sus nombres en su corteza, pero él sigue ahí, estoico, fiel a su raíz. He pensado que se parece a mí. Así he sido yo. Por eso, para caracterizarme y despojarme de las dudas lo pintaré por primera vez. Ése será mi último trabajo: mi autorretrato. No creo que exista otra imagen que defina de manera tan nítida mi ser. Incluso, creo pintarlo sin necesidad de verlo. Lo tengo grabado en mi mente como si fuera un tatuaje o una cicatriz. Mis cuadros regresarán

a estas paredes, lo presiento. Pintaré el cuadro, pintaré el árbol y a partir de eso dejaré la pintura y empezaré a escribir mis memorias hasta la muerte. El árbol es mi broche de oro, aunque ahora lo han mancillado colgándole globos con los colores de la bandera. La idea de empezar a pintar me ha dado un poco de consuelo. Cristina se está haciendo cargo del crimen del que fui víctima. El miércoles traerá a Ponchito, mi nieto. Su compañía me endulza la vida, me la refresca. Alfonso, su padre, no fue un buen padre. Me gustaría que el niño fuera un artista como yo. Me gustaría que me recordara todos los días de su vida.

*

Hoy me habló mi padre diciéndome que no podría cuidarme al niño. Que no tenía fuerzas. Que pintaba un cuadro y que de pronto decayó. No le creí. Dijo que amaneció con buen humor y con ganas, pero que al mediodía empezó a sentirse indispuerto. Cómo se le ocurre. Y precisamente hoy que debo trabajar horas extras. Parece que le afecta cualquier cosa. A sus 64 años ya anda con estas penurias. Siento que presente su muerte. Lo escuché quebrado y sincero, como cuando alguien habla con palabras definitivas. No me dio buena espina. Creo que mañana iré a visitarlo. Se escuchó triste y me dijo que me quería por primera vez. Que sentía mucha pena por no haberme dado la atención que yo merecía. Me confesó que Julio, mi hermano, que en paz descanse, era su preferido, y que se sentía inmensamente triste por no haber podido hacer nada para salvarlo. Me habló con sinceridad. Yo creo que sí. Y lo respeto, y lo acepto.

Cuando lo escuché llorar, le tuve que confesar lo que hice con sus cuadros. No aguanté. Guardó silencio, pero supe que me perdonó. Lo supe porque antes de colgar la llamada me dijo que todos esos cuadros los había pintado para mí y que eso era lo único que él me podía heredar.

*

Hoy me volvieron el dolor de cabeza y la debilidad; pero esta vez acompañados de mareos esporádicos. Me dolió también la zona lumbar de mi espalda y así con todas esas dolencias me puse a pintar mi autorretrato. Pronto me sentí mal. Descansé un rato, pero pensé que no debía desistir y volví a la pintura. Después llamé a Cristina para decirle que no contara conmigo para cuidar a mi nieto y para decirle otras cosas. De verdad no me siento bien. Terminé de pintar y empezó la pirotecnia, la noche mexicana. He decidido sentarme al borde de la ventana para apreciar el desfile multicolor. Mujeres y hombres, jóvenes y viejos, celebrando. Todos en un mismo marco. A estas horas de la noche la soledad toca mi puerta y siempre le abro. Extraño a mi nieto, a Cristina, a Matilde y a mi Julio. Quisiera ser ese hombre que festeja ser mexicano con su hijo en hombros o ese adolescente que fuma y fuma como si lo fueran a fusilar. Quisiera ser el árbol en que lloró Cortés o el árbol de *Esperando a Godot*. ¿Quién es Godot? Bueno, yo también espero, y lloro, no sé cuál es el árbol de mi vida. Pero... ¿qué diablos pasa? Esos cabrones... qué falta de respeto. No deben treparse. No en mi árbol. Pinches delincuentes. Y ahí anda el cabrón de Jordi. No, no le hagan eso a este monumento viviente. No enfrente de mí. Ahora mismo bajaré a im-

pedir ese atropello. Estos hijos de puta no se saldrán con la suya, ahora mismo sacaré mi pistola.

*

Me llamaron para establecer el orden justo en la colonia de mi padre, qué coincidencia. Me dijeron que había un gran tumulto y que la situación estaba fuera de control. Al llegar al lugar, mis compañeros y yo vimos un gran desorden. Había vándalos por todas partes, rayando las paredes, rompiendo vidrios, robando mercancía en las tiendas, tomando cerveza, drogándose y hasta había parejas teniendo sexo. En ese contexto todo era normal. Hasta que vi que unos muchachos, todos con playera de los Pumas, incendiaban el árbol que mi padre tantas veces cuidó. Su árbol de la noche triste. Tocada por un sentimiento maternal, sí, maternal, corrí a impedir el incendio. Incluso saqué mi arma para ahuyentar a los desmadrosos y mi corazón casi detuvo sus latidos cuando, a través de los cuerpos de los pandilleros, miré a mi padre abrazando el tronco del árbol, llorando como cuando Ponchito llora y abraza mis piernas. Corrí hacia él, lo separé del árbol que se quemaba, lo despojé del viejo revólver sin balas que guardaba desde su juventud y lo llevé, inconsciente, a mi patrulla. Llamé una ambulancia y lo trasladaron a un hospital porque presentaba algunas quemaduras. Tuve que permanecer ahí para acabar con el caos y ver cómo el árbol de mi padre era poco a poco consumido por el fuego y convertido en cenizas. Ahí no lloró Hernán Cortés, ahí lloró mi padre. Al otro día fui a su casa a recoger algunas de sus pertenencias para llevárselas y fue entonces que descubrí los dos cuadros cerca de

la ventana. Uno era el esbozo de un árbol, y al parecer estaba incompleto; y el otro, era la imagen de mi padre rodeado por mi madre, mi hermano Julio, Ponchito y yo. El título del cuadro era: "Autorretrato". También miré el trozo de corteza que mi padre había arrancado del árbol como si hubiera sentido el final. Había escrito las iniciales "M & H", es decir: Matilde y Hernán. Me sentí culpable y hasta desalmada por haberlo despojado de su obra y por haberlo juzgado a veces sin razón, y cuando estuve a punto del llanto recibí una llamada del hospital. Colgué a los veinte segundos.

OREJAS DE COLIFLOR

Puñetazos y dolor es la vida—y el resto nada
Aquiétate desesperación
Piérdete miedo de ser noqueado para siempre
Acepta ya el puñetazo loco
que tenderá tu cuerpo sobre la lona

Homero Aridjis

La portezuela cubierta con póster de funciones boxísticas se abre pausadamente. Ya el sol se esconde tras el letrero del gimnasio. Agobiados y sudorosos atraviesan el quicio de esa puerta Cassius Clay, Rocco Marchegiano, Walker Smith Jr., Michael Gerard Tyson y un tal Julio César Chávez. Detrás del cúmulo de futuras leyendas sale un niño con pantaloncillos rotos, camisa de tirantes y unos guantes menudos y viejos colgados de su cuello. Anda descalzo. Una mano arrugada lo despide.

Primer asalto: un paletero hace sonar su campana. El niño, hambriento, se relame los labios mirando embelesado las paletas. Revisa sus bolsillos rotos y sólo encuentra vacío. Resignado continúa su caminata hasta que una cuerda y un par de zapatillas de boxeo colgadas en un árbol llaman su atención. Las toma y cubre sus pies ligeros; también toma la cuerda. Salta sobre ella y así, saltando con sus zapatos nuevos, se dirige a casa.

Descanso: La calle parece temblar ante sus pasos.

Segundo asalto: se escucha la algarabía de unos niños por una pelea callejera. En el centro de un ring formado por ellos mismos, un niño (peso ligero) golpea

brutalmente a otro (peso paja); pelean a puño limpio y por dinero. Al ver la desigualdad, el personaje infantil de este cuento (peso mosca) se aproxima, suelta la cuerda y reta al ganador a un asalto. Todos apuestan a favor del peso ligero y ganan la jugada en el momento en que el peso mosca cae al suelo, noqueado por un fuerte *jab* que atina justo en su quijada.

Descanso: Lloro, con lágrimas cree lavar las huellas de la sangre.

Tercer asalto: después de no haber saltado a la derrota el adolescente salta las piedras del camino. Sigue saltando queriendo alcanzar la cima hasta que su novia quinceañera lo distrae: ella toma de la mano a otro chico (peso pluma). El adolescente cae de bruces al suelo y reta al que usurpa su lugar en el corazón de la muchacha. Ellos pelean con ferocidad y ella realiza la cuenta. Un cabezazo provoca que el adolescente saboree un manjar de polvo y de ceniza. Le sangran la nariz y las rodillas. Le sangra el alma.

Descanso: Ha perdido el cetro del amor, el sitio estelar, el pago por evento.

Cuarto asalto: el joven continúa su camino a casa. El sudor es lluvia diminuta en su cuerpo. Siente el cansancio como un tormento vitalicio. Sigue sangrando de la nariz y las rodillas, y el hambre le asesta un puñetazo en la boca del estómago. De pronto mira una toalla colgada de un tendedero y la toma para limpiar su rostro. Piensa que las derrotas detonan siempre un aprendizaje y arroja la toalla aceptando que en las batallas de la vida no está invicto.

Descanso: Manto sagrado es la toalla; en ella se dibujan las derrotas.

Quinto asalto: ya es de noche; hace frío. El zurdo boxeador *amateur* se dirige a una esquina donde un anciano toma un poco de calor frente a una fogata. Al mirar su rostro lastimado y escuchar el rugido de su estómago, el anciano cree adivinar la historia que guarda el muchacho de la cuerda, y con afán clarividente, le dice: las tortugas conocen más de los caminos que las liebres; sin embargo, las liebres pueden ir y regresar por el camino en varias ocasiones y marcar su territorio.

Descanso: Choca sus puños y aprieta los dientes. Sale de su esquina decidido a cambiar su suerte.

Sexto asalto: después de reflexionar, el pugilista semi profesional toma un atajo, y en una calle vacía y oscura es víctima de un atraco. Un hombre le ha arrebatado los guantes y la cuerda. Él lo persigue hasta alcanzarlo en un callejón sin salida. “Lo hago por hambre” argumenta el ladrón, y él le contesta: “yo también”; se enfrascan en una riña de poder a poder. El ladrón tumba tres veces al pugilista, pero éste se levanta y sale victorioso propinándole un poderoso *uppercut* a su rival. Recupera sus pertenencias.

Descanso: Mira la noche y ésta le jura un lugar en las estrellas de la fama.

Séptimo asalto: se escucha el sonido de un claxon. Un automóvil se aproxima al peso Wélter y un hombre de gafas oscuras le ofrece aventón. A bordo del vehículo, el hombre le ofrece una pelea contra otro gran peleador: un rival de antaño, un rival de siempre. El ganador de la contienda tendrá la oportunidad de pelear por un título

mundial. El Wélter recuerda sus derrotas pasadas ante ese contrincante, y reconoce que está frente a la gran oportunidad. Acepta el reto, baja del auto e ilusionado, continúa su camino.

Descanso: Salta la cuerda y escucha en su interior una cuenta regresiva.

Octavo asalto: el Súper Wélter se enfrenta a su acérrimo enemigo. *Jab*–cruzado–gancho de izquierda–cruzado, es la combinación con la que noquea a la derrota. Atrás quedan las burlas, los golpes duros, el hambre, la miseria, la sangre derramada inútilmente. El Súper Wélter es ahora el nuevo ídolo, y acompañado de una edecán, invita una ronda de bebidas en el festejo. En su preparación para la próxima contienda incluye su cuerda de la suerte.

Descanso: La siguiente pelea es la más importante de su vida; su contrincante es el destino.

Noveno asalto: repican las campanas llamando a la liturgia. El cuerpo y la sangre de Cristo procuran la oración de la bienaventuranza. La oración es incertidumbre, y ésta es el golpe bajo más certero. En el púlpito no existen sacerdotes, todos se han marchado a la función boxística del siglo. De cara a las luces y con la espalda en la lona, el ídolo se sabe fulminado por un gran golpe: *doping* positivo.

Descanso: Las campanas son alegría... son tristeza.

Décimo asalto: el personaje principal del cuento, el protagonista, el boxeador en retiro, sigue camino a casa. Trae algunas monedas, fruto de su antigua gloria y entra en un bar a prolongar su desdicha. Ahora nadie lo reconoce. Nadie lo recuerda. Nadie advierte que la cabeza le

da vueltas, que la desesperanza le retuerce las entrañas con sus golpes. Solloza y sabe que perderá tarde o temprano, por decisión unánime o por *knock-out*. Sale del bar, mira las estrellas que alguna vez tuvo tan cerca y como si hubiera recibido un golpe en las orejas, se marea. Finalmente cae al suelo.

Descanso: El alcohol lo noquea sin ambages con un terrible gancho al hígado.

Undécimo asalto: la calle está sola. Llegar a casa nunca fue tan anhelado. El hombre sin nombre se incorpora y con las escasas fuerzas que le restan retoma su rumbo. Corre, salta la cuerda, grita, recuerda su gloria y, en el instante en que mira la puerta de su casa, imagina a su madre esperándolo, contándole hasta diez.

Descanso: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez...

Último asalto: el anciano abre la puerta. Gime de sed y agobio. Vacilante toma un vaso con agua, agua negra que le sabe a nostalgia. Lloro como un niño descalzo de sueños frustrados. Se sienta en el sofá para observar en un álbum la fotografía a blanco y negro donde su madre, atormentada, espera su regreso del gimnasio. Entre tanto recuerdo, el olvido le recuerda algo. Se levanta, camina lento y con solemnidad boxística cuelga su par de guantes en un clavo de la pared como quien cuelga su última sonrisa.

Descanso: *Knock-out*: cuelga la cuerda, la mira con cariño y se la ata al cuello.

ÍNDICE

Calaverita de azúcar	11
Y vivieron felices para siempre	17
<i>The west is the best</i>	25
La leyenda de Tina Gucci	35
<i>Happiness is a warm gun</i> , mamá	44
Retrato del otro artista adolescente	49
La manzana de Blancanieves	53
Galatea	60
Ya no quiero tener mi mano izquierda	68
El árbol de la noche triste	73
Orejas de coliflor	86

Esos seres extraños se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2022, en los talleres gráficos de CB impresiones S.A. de C.V., calle Reforma, 1232, Colonia Nueva, Mexicali, Baja California, C.P. 21100. Para la composición tipográfica de esta obra se utilizó la fuente Baskerville. Su tiraje consta de 500 ejemplares.

La felicidad es una pistola caliente —asegura el muchacho, mientras una lluvia de balas cae sobre su casa. Ya no quiero tener mi mano izquierda— sentencia otro personaje, y oculta su extremidad bajo el suéter. Esto no es normal. ¿O sí? ¿Qué es lo normal? ¿Qué es la felicidad?

En *Esos seres extraños* de Luis Alfredo Gastélum, el autor propone dilucidar el plano de lo normal, de los normales, en relación al concepto de felicidad como la aspiración humana cardinal; sin embargo, es consabido que no todos somos normales o felices, porque la felicidad puede ser una caja de zapatos vacía, una Barbie mutilada escuchando, una vieja cuerda, una tina repleta con cubos de hielo, una manzana bajo un periódico, un mítico árbol, el Oeste, un juguete o simplemente, una bala hermosa y solidaria en tu cabeza.

ISBN: 978-607-8661-28-2



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California